

LORENZO HELGUERO

GUÍA PARA PADRES



INI
ACUEDA
EDUCACION

Lorenzo Helguero

Guía para padres



Guía para padres

Lorenzo Helguero

© Lorenzo Helguero, 2019

© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2019

Diseño y diagramación:

Diagramación: Héctor Huerto Vizcarra

Diseño de la portada: Gerardo Espinoza

Publicado digitalmente por:

ACUEDI Ediciones

Calle Vertiente N° 179 – La Molina

RUC: 20546738419

hector@acuedi.org

Segunda edición – agosto 2019

Tiraje : formato digital

ISBN: 978-612-47991-6-7

Para Diego y Fabrizio, dos soles brillando en el mismo cielo.

Guía para padres

ADVERTENCIA

ESTE LIBRO PUEDE DIBUJAR SONRISAS, DESAPARECER LA DEPRESIÓN POSPARTO, ENHEBRAR SUSPIROS Y APACIGUAR ANSIEDADES. SIN EMBARGO, PUEDE SER ALTAMENTE ADICTIVO. MANTENGA AL ALCANCE A LOS NIÑOS MIENTRAS LO LEE.

Instrucciones para cambiar un pañal

Coloque al bebé en una superficie plana. Con una mano sujételo de los tobillos y levante las piernas de la criatura hasta llegar a un ángulo de 70 o 75 grados. Con la otra mano retire cuidadosamente el pañal sucio y coja un paño húmedo. Proceda a limpiar, usando cuantos paños sean necesarios. Si por casualidad llegara a mancharse, evite la tentación de irse al baño a lavar: el bebé puede levantarse y correr desnudo por toda la casa dejando marcas de su presencia en las paredes.

En caso de que la criatura sea de género masculino, es recomendable tener a mano una servilleta o toalla de papel, dado que en cualquier momento (y sin advertencias meteorológicas) una lluvia de oro puede caer directamente sobre su rostro. Si la criatura es una mujer, respire tranquilo: su vida va a ser mucho más fácil.

Con la misma mano que usó para limpiar, coja el pañal limpio y colóquelo en la superficie plana, justamente donde al momento de empezar estaba la baja espalda del bebé. Regrese las piernas a la posición original de 180 grados y cierre el pañal de la manera más rápida posible. (Aunque no lo parezca, esta es la parte más difícil del procedimiento: usualmente los bebés —en especial los que tienen más de un año— suelen moverse como epilépticos o cantantes de música punk. Si algo así sucediera, puede considerar el uso de sogas u otro tipo de instrumento inmovilizador).

Coloque finalmente el pañal sucio en una bolsa de plástico. Coloque ahí también las frustraciones, los fracasos, los malos humores.

Globo

Tener un hijo a los catorce años no es nada fácil.

Fue mi primera enamorada y mi primera vez. No nos cuidamos porque no sabíamos bien cómo hacerlo, además que ninguno de los dos pensaba que esa noche iba a pasar lo que finalmente sucedió.

Fue justamente el día en que cumplí catorce, entre globos y serpentinas.

La invitación era a las ocho, pero Andrea llegó a mi casa a las seis, con una torta de chocolate, una minifalda rosada y los labios pintados de un rojo intenso. A los pocos minutos, mi mamá se fue a recoger unos alfajores de la pastelería, dejándonos la casa para celebrar por anticipado.

Ahí estábamos los dos, solos sobre el sillón de cuero (o imitación cuero, hasta ahora no lo sé), besándonos, acariciándonos, quitándonos de pronto la ropa, la vergüenza, el miedo. Fue realmente hermoso: vorágine, abismo, vacío, inmensidad que se abría en ese instante.

No lo volvimos a hacer. Andrea estaba un poco arrepentida y asustada, en especial cuando no le vino la regla en casi dos meses. Terminó por contarle a su mamá, quien la llevó a un médico que confirmó el embarazo. Los gritos, por supuesto, llegaron de todas partes.

Pese a nuestra edad, nunca se consideró la opción del aborto. Nuestras familias son católicas y jamás hubieran aceptado una solución tan radical. Tampoco nos podíamos casar, evidentemente,

así que se decidió que Andrea se fuera a un pueblo del interior a tener el hijo, y después de un tiempo volviera como si no hubiera pasado nada.

Cuando Sebastián cumplió los dos meses, Andrea regresó a la capital y a mí. Ver a ese bebé que tenía la misma forma de mi cara, me llenó de orgullo y felicidad: era mi hijo, una extensión de mi carne, un pedazo de cielo con el cual ella jugaba a las muñecas.

Andrea regresó al colegio, al turno de noche, para poder ocuparse del bebé por las mañanas, hora en que su mamá trabajaba de secretaria en no sé qué compañía. Había un par de horas —de cuatro a seis de la tarde— en las cuales ninguna de ellas se podía ocupar de Sebastián, por lo que yo, después de hacer mis tareas (o a veces sin terminarlas), solía llegar a las cuatro a la casa de Andrea, y jugaba con el bebé por más de dos horas: le mordía suavemente los pies, la barriga, los brazos, lo que generaba una risa incontrolable y casi asfixiante en la criatura.

Cuando el bebé cumplió cuatro meses, muchas cosas cambiaron.

Todos los días, alrededor de las cinco de la tarde, Sebastián empezaba a llorar de manera inconsolable. Yo estaba solo, y era muy difícil tratar de calmarlo: hiciera lo que hiciera, continuaba llorando por horas.

Consultamos al pediatra, y dijo que lo más probable era que se tratara de un cólico de gases. El bebé estaba bien, nos dijo, y era normal que pasara por esa etapa, que en unos meses, cuando empezara a comer sólidos, todo se iba a normalizar.

El día que Sebastián cumplió los seis meses le empezamos a dar zanahorias, pero el problema continuó y se hizo todavía peor, porque cada vez que tocaba su barriga se escuchaban tambores de guerra.

Pese al agua de anís que le dábamos al bebé, nada cambió. Se llenaba tanto de gases, que a veces, mientras Sebastián estaba durmiendo, empezaba a elevarse poco a poco, dejando abajo sus sábanas y muñecos de peluche. Eran apenas pocos centímetros, pero me pareció que lo más indicado era amarrarlo al borde de su cuna para evitar cualquier complicación. Un día en que me olvidé de

hacerlo, encontré a mi hijo durmiendo de espaldas contra el techo, con sus medias rojas de ositos y su sonrisa inconsciente y perfecta.

Durante algunos días esto fue bastante problemático, pero ya me he ido acostumbrando. Ahora, cerca de las cinco de la tarde, amarro a Sebastián a mi dedo y nos vamos al parque que queda muy cerca de la casa de Andrea. De pronto él, normalmente vestido de rojo, empieza a elevarse lentamente, poco a poco, hasta que llega a estar casi por encima de los árboles. Yo corro por el parque, sintiendo la fuerza del hilo en mi dedo, viendo cómo Sebastián flota en el aire, alto, muy alto, moviéndose de un lado al otro, subiendo todavía más, pintando de rojo el horizonte.

Soy la envidia de grandes y chicos.

Panes bajo el brazo

Todo empezó así: yo estaba en la sala haciendo dormir a Nico, mi bebé de tres meses, al ritmo relajante de una balada. Cuando su respiración se hizo más fuerte y no volvió a abrir los ojos, lo llevé a su cuna, y cuál sería mi sorpresa al encontrar acostado ahí, despierto, a otro bebé. Era la copia exacta de Nico, incluso tenía puesto el mismo enterizo azul con rayas celestes que le queda tan bien. Es verdad que a la hora del almuerzo había tomado una copa de vino (solo una, porque todavía estoy dando de lactar), pero no podía ser que esa pequeña cantidad de alcohol afectara mi visión de tal manera. Sabía perfectamente que no había tenido mellizos: recordaba las ecografías en las que Nico aparecía solo, en diversas posiciones, flotando en un mar de tranquilidad. Recordaba el día de su nacimiento, los meses que había pasado en casa con él y solo con él. ¿Entonces cómo explicar la aparición de ese otro bebé?

Por el grito de sorpresa que pegué, Nico se despertó llorando, lo que inmediatamente contagió al recién llegado. De pronto un llanto en la sala: horrorizada, pensé que el monitor se había quedado prendido desde hacía quién podía saber cuánto. La razón de mi temor, que entiendo puede parecer exagerado, se debe a que la ventana de la sala da al cuarto de la Señora Cossio, dueña de nuestro departamento y presidenta de la junta de propietarios, quien en algunas ocasiones se ha quejado por los innumerables llantos y gritos del bebé, y amenazado incluso con anular el contrato de alquiler. No podíamos darnos el lujo de perder este departamento (la renta es bastante

menor al precio del mercado, y lo que gana Nicolás no alcanzaría para pagar algo de las mismas características), así que corrí para apagar el monitor. Cuando llegué a la sala, vi —con bastante sorpresa— que el monitor estaba apagado: el ruido provenía de un bebé (vestido con el mismo enterizo azul de rayas celestes) que lloraba inconsolablemente sobre el sofá. Más importante que buscar explicaciones para esta nueva llegada era llevar al bebé al cuarto y evitar así cualquier queja de la Señora Cossio. La sorpresa ya no fue tanta cuando encontré sobre la cama a otro bebé de las mismas características, pujando y quejándose, haciendo ruidos. Pensé en llamar a Nicolás, pero a él no le gusta que lo llamen al trabajo, y además era obvio que no me iba a creer si le decía que habían aparecido en la casa varios bebés idénticos a Nico: mejor que cuando llegara, él mismo viera las novedades que había.

Lo que me preocupaba no era saber las causas de la multiplicación de los bebés, sino cómo iba a hacer para encargarme de cuatro criaturas. Si ya con uno era difícil (durante las noches apenas podía dormir y en el día la mayor parte de mi tiempo estaba dedicado a Nico), ¡cómo sería con tres más! Por otro lado, la parte económica era también preocupante, porque el sueldo de Nicolás no iba a alcanzar para mantener a tantos: habría que sacar dinero del fondo de emergencia o pedirle un préstamo al Banco. Es verdad que tampoco tenía mucho tiempo para preocuparme, porque había que cambiarle el pañal a uno, darle el pecho al otro, mover la sonaja para que se calme el tercero, tomarle la temperatura al de más allá.

Viéndolos a todos acostados en la cama, preciosos, riéndose, pensé que en el fondo era afortunada. Tengo cuarenta años y ya me había resignado a tener solo un hijo, pero de pronto, inexplicablemente, mi sueño de tener una familia numerosa se había cumplido. Sin duda habría dificultades, pensé, pero nada que no se pudiera solucionar.

Después de cinco minutos apareció un bebé sobre la mesa del comedor; a los diez, en un estante casi vacío del librero (entre un libro de Cortázar y uno de Gironde); después de veinte minutos, dentro de la lavadora; una hora más tarde, en el cajón de los

cubiertos.

Hasta el momento (y todavía Nicolás no ha llegado del trabajo) han aparecido diecinueve bebés, sin contar el original, el bebé primigenio que dicho sea de paso ya es imposible diferenciarlo de los demás. Basta que uno empiece a llorar, para que inmediatamente todos contesten en coro, alterando mis nervios y en especial los de la Señora Cossio, que justamente acaba de llamar por teléfono para quejarse del ruido y darme un ultimátum: si la bulla continúa así, tendremos que desalojar el departamento en menos de un mes. En otro momento esta llamada me hubiera preocupado muchísimo, pero ahora me da francamente lo mismo. Ya había pensado decirle a Nicolás que debido a los recientes cambios ocurridos en casa, tendremos que mudarnos a un departamento más grande.

Embarazo

No sé si lo leí en un libro de Antropología o lo vi en un capítulo de *Aunque usted no lo crea*: hay una tribu africana en la cual los esposos de las mujeres embarazadas reciben todos los cuidados cuando estas dan a luz. La identificación con el embarazo es tal, que los hombres llegan a sentir dolor físico en el momento del parto.

Algo similar me ocurrió pocos días después de saber que mi esposa estaba embarazada: empecé a sentir náuseas por las mañanas y a tener unos mareos terribles que me impedían trabajar como de costumbre. También tenía sueño, mucho sueño, y sufría cada vez que me tenía que levantar de la cama.

Cuando mi esposa entró al segundo trimestre, estos síntomas fueron desapareciendo, por lo que todo fue más fácil para mí; lo único distinto que sentía era una extraña sensibilidad en el pecho. Mi barriga no creció al ritmo de la de mi esposa, porque supe luchar firmemente contra los antojos de chocolates y pasteles rellenos de crema.

El último trimestre fue sin duda el más difícil: todo esfuerzo físico me resultaba agotador. Se me hincharon las piernas. Orinaba cada media hora. Me sentía pesado, pesadísimo. Sin embargo, estaba feliz y expectante por la llegada de ese bebé que iba a cambiar nuestras vidas.

El día que nació mi hijo, di a luz un poema.

Vuelos

Había sido el viaje perfecto.

Mis amigos de Washington me habían organizado la despedida de soltero; ahí llegaron los de Miami y Pennsylvania, además de los que pudieron viajar desde D.F. y Buenos Aires. Todos habíamos estudiado en Chicago y por primera vez, después de la graduación, íbamos a estar juntos.

Fueron tres días de discotecas, champán, mujeres rubias y enormes que se desnudaban poco a poco entre billetes de un dólar y música ligera.

El domingo a las siete de la mañana mis amigos me dejaron en el aeropuerto con varios regalos y un dolor de cabeza que ninguna aspirina podía aliviar. Hacer la cola para chequear el equipaje y luego la del control de seguridad fue una tortura que sí se la desearía a mi peor enemigo.

Finalmente llegué a la sala de espera. A esa hora no había mucha gente, por lo que pude conseguir tres asientos contiguos para echarme y dormir al menos por un rato. Veinte minutos después, el llanto de un bebé y una música que se confundía con el ruido de un motor, me sacaron de mi sueño. Apenas me senté, una monja y un señor de bigotes salvadoreños ocuparon los asientos que acababa de dejar libres. La sala de espera estaba llena: varias personas caminaban arrastrando sus equipajes de mano en busca de un asiento como cazadores furtivos.

Delante de mí una pareja: ella sentada cargando a un bebé de unos

dos o tres meses que lloraba con fuerza y sin consuelo, él cargando maletines, abrigos, un *car seat* enorme de color gris. En el pasillo que separaba las dos filas de asientos, un niño de dos años corría arrastrando un helicóptero que emitía a la vez sonidos de motores y música infantil en inglés.

Cuando la pareja y las dos criaturas desaparecieron detrás de la puerta de embarque, recé a todos los dioses conocidos para que no estuvieran cerca de mi asiento. Mis escuetas y desesperadas oraciones no tuvieron ningún efecto: al llegar, vi con horror que la pareja y los hijos estaban instalados exactamente en la fila posterior a la mía. Todo indicaba que el viaje iba a ser interminable.

A los llantos insoportables del bebé y las quejas del hijo mayor, se añadieron los gritos de espanto de un niño de unos cuatro años que sentado a mi derecha le jalaba el pelo a su madre mientras el avión se empezaba a elevar.

Cuando alcanzamos una altura considerable, el niño de la derecha dejó de gritar y se entretuvo con algún juguete que le alcanzó la madre. El bebé de atrás seguía llorando, pero de mis audífonos ya podía salir la voz de Cat Stevens que intentaba neutralizar (con algún éxito) los llantos de la criatura.

Estaba a punto de quedarme dormido, cuando un ruido de motores y música infantil estridente (*If you are happy and you know it clap your hands*) destruyeron el sueño que llegaba reparador: el niño de dos años corría por el pasillo jalando el bendito helicóptero. Pensé en quejarme con la aeromoza, pero sabía que no iba a ser escuchado.

Después del desayuno, hubo un raro momento de silencio. En las pequeñas pantallas se anunciaba una película con Julia Roberts que no había visto. Después de veinte minutos, cuando la historia ya me había atrapado por completo, el capitán anunció que estábamos entrando a una zona de turbulencia: a los pocos segundos el avión empezó a temblar. Casi inmediatamente después, el niño de la derecha comenzó a dar gritos de pánico, lo que despertó al bebé de atrás y al hermano mayor, quienes arrancaron a llorar

desconsoladamente. La película continuaba en la pantalla, pero era imposible seguir el hilo de la narración. Me saqué los audífonos y cerré los ojos, aunque sabía que no iba a quedarme dormido.

Hicimos escala en Panamá. Yo había notado que la mamá del niño de la derecha le hablaba en un acento medio caribeño, por lo que suponía que se iban a embarcar en un vuelo distinto al mío: conexión a República Dominicana o a Puerto Rico o a donde fuera. No me equivoqué.

Lo terrible fue encontrar en la sala de espera a la pareja de esposos con las dos criaturas, además de dos mamás que en puntos simétricamente opuestos daban de lactar al mismo tiempo a sus rosados y robustos bebés.

Tomé, sin esperanza alguna, dos aspirinas más, pensando en que había un problema muy serio con las leyes aeronáuticas del mundo: sin lugar a dudas, debería estar prohibido viajar con bebés en un avión. ¿Cómo se le podía ocurrir a alguien viajar con un bebé, sabiendo que iba a incomodar a todos? ¿No era acaso una falta de civilidad y respeto? ¿Es que los bebés no se podían quedar llorando tranquilamente en sus casas? ¿En realidad ese viaje era *tan* importante?

El vuelo final fue realmente horrible, pero ya no fue ninguna sorpresa: llantos, helicópteros, canciones infantiles, patadas del niño en mi asiento. El dolor de cabeza ascendió a quince mil pies de altura: ni las diez aspirinas ni la sonrisa de mi novia en la puerta de llegada pudieron hacer nada para cambiarlo.

Demás está decir que no volví a viajar en avión en mucho tiempo.

Ocho años después, cuando conseguí un trabajo en el Banco Mundial, me fui a Washington con mi esposa y mis dos hijos (Gonzalo, de tres años; Santiago, de apenas seis meses). Para no ver el mundo, cerraba los ojos cada vez que mi hijo mayor corría arrastrando su perro parlante por el pasillo del avión, cada vez que el bebé lloraba y lloraba y lloraba.

In vitro

Mi esposa me lo había repetido hasta el cansancio: no tenía ningún interés en tener hijos. Ella trabajaba en un importante estudio de abogados, y no estaba dispuesta a que un bebé interrumpiera su ocupada vida laboral. Para seguir escalando posiciones —decía subiendo el tono de voz— debía focalizarse en su trabajo y solo en su trabajo; tal vez más adelante, pero que no me hiciera muchas ilusiones.

La última vez que le hablé del asunto fue poco después de cumplir doce años de casados, el día que fuimos a un restaurante francés a celebrar su reciente ascenso: la habían hecho socia principal del estudio.

—Ahora menos que nunca —dijo poniendo la copa de champán en la mesa—. Con las responsabilidades que tengo que asumir, un hijo es lo que menos necesito.

Sus palabras fueron garras, espinas, espadas, pero no manifesté mi dolor: seguí comiendo mi conejo con trufas como si no hubiese pasado nada. Incluso después de un breve silencio sonreí, felicitándola otra vez por el ascenso: que el mozo trajera otra botella de champán.

Pensé, por supuesto, en la posibilidad de divorciarme para buscar a alguna mujer que estuviera dispuesta a ser el armario parisiense de donde saldrían, uno a uno, mis hijos y mi felicidad. Pero estaba muy enamorado de mi esposa (nuestra vida sexual era francamente perfecta: abismos y caídas en las que moríamos y volvíamos a nacer),

así que la opción del divorcio quedó rápidamente descartada. Estaba unido a esa mujer que construía con sus veintiún pastillas y sus treinta y cuatro años un desierto en su vientre.

Yo, en cambio, sí quería tener un hijo. Tal vez porque nunca tuve un hermano. Tal vez porque no tuve un verdadero amigo. O tal vez simplemente porque quería tenerlo, como cualquier hombre que se casa y después de un tiempo recibe con orgullo una copia casi exacta de sí mismo.

En mi caso particular era aún más difícil esa situación porque trabajaba en una clínica de fertilidad: era el médico con más experiencia del grupo y disfrutaba ver cómo esas parejas que llegaban con preocupaciones, miedos y esperanzas, finalmente conseguían lo que siempre habían querido. No era raro que de vez en cuando visitara a esas nuevas madres que orgullosas mostraban a sus hijos en sus camas de hospital. Era feliz por ellas, pero también (tengo que reconocerlo) sentía algo parecido a la envidia, unas ganas incontrolables de querer ser el padre de esa niña de tres kilos que abría los ojos cuando alguien estornudaba, o de ese bebé un poco prematuro que tenía las piernas como palitos chinos.

En mis sueños, que se repetían constantemente, yo era papá de un niño de cuatro o cinco años con el cual jugaba a las escondidas, y aunque lo buscaba en todas partes, dentro de baúles y alacenas, no lo podía encontrar. Me despertaba sudando, con una sensación de angustia que me atravesaba el pecho.

De pronto para mí fue clarísimo: había que hacer algo. No era nada ético, pero había que hacerlo.

Ódienme si quieren, piensen de mí lo peor, deséenme todos los males de la tierra. Pero lo hice, y no me arrepiento.

Su nombre era Cecilia Rembler: una mujer de pelo lacio y castaño que olía a vainilla y café. Todo el cielo de Lima se reflejaba en sus ojos. Era bellísima, eso bastaba.

Cecilia Rembler y su esposo (un tipo calvo, casi enano, con una sonrisa que evidenciaba muchas visitas al dentista) llegaron a mi oficina un jueves por la tarde. Ellos habían estado buscando un bebé

por casi tres años y nada había funcionado. Les expliqué lo de siempre, diciéndoles al final que los dos debían someterse a una serie de pruebas para determinar quién tenía el problema para concebir. Después de tres días, antes incluso de recibir la ecografía del útero limpio y dispuesto de Cecilia, era evidente que el problema era él: espermatozoides casi inexistentes y sobre todo muy lentos. Me reuní con los dos para explicarles que la única solución era intentar una fertilización in vitro: él debía dar una muestra de su semen para escoger al espermatozoide más adecuado, y a ella le tendríamos que sacar un óvulo que sería fertilizado en el laboratorio. Cecilia y el calvo estuvieron de acuerdo. Después de dos meses, los dos llegaron a la clínica para empezar el proceso.

Mi decisión, que a estas alturas ya deben haber adivinado, fue fertilizar el óvulo de Cecilia con un espermatozoide mío: de esa manera sería finalmente padre, aunque solo yo lo supiera.

Estuve bastante nervioso cuando algunos días después le introduje a Cecilia el óvulo fecundado. Me imaginé teniendo sexo con ella, llegando al orgasmo en el momento exacto en que coloqué con éxito el óvulo en el útero.

Luego de cinco semanas me enteré de que iba a ser padre: la felicidad fue absoluta. Esa noche fui con mi esposa a un restaurante italiano y pedí el chianti más caro que tuvieran. Ella no sabía la razón de mis continuas sonrisas (no podía saberlo), pero se mostró satisfecha con mi repentino cambio de humor.

Durante esos meses no mantuve contacto con Cecilia para no despertar sospechas, pero el día que mi hijo nació fui a la clínica para saludar a la nueva madre y en especial para ver a Daniel (no me convencía el nombre que le habían puesto, pero nada podía hacer). Era precioso: los ojos grises, la cara arrugada, la piel blanquísima. El calvo lo cargaba con orgullo, y repetía que era exacto a él (era verdad que compartían la misma falta de pelo en la cabeza). La madre sonreía hermosa, cansada, y no dejaba de agradecerme por haber hecho realidad el sueño de su vida. Cecilia no sabía, por supuesto, que ella había cumplido el mío.

Ser padre, sin embargo, no fue suficiente: quería ver a mi hijo, cargarlo, estar con él, y sabía que esto era imposible. Fueron meses de constante depresión. Obviamente no podía presentarme en casa de Cecilia; una cosa eran las visitas en la clínica cuando dio a luz (algo que había hecho con varias pacientes), y otra muy distinta ir a su casa, a donde nadie me había llamado.

No podía tocar la puerta, pero podía estacionarme relativamente cerca para observar los movimientos de la casa. Así pude enterarme que a la una de la tarde, la niñera sacaba a Daniel a pasear al parque en su cochecito. El paseo duraba una hora aproximadamente, o a veces más si ella se encontraba con alguna amiga.

Sentí de pronto un deseo compulsivo por hacer ejercicio: empecé a correr por ese parque todos los días de una a dos de la tarde. Cuando pasaba cerca de Daniel disminuía el paso para verlo mejor; a veces me detenía un poco más allá y empezaba a hacer flexiones y estiramientos, esperando que pasaran los pocos segundos que me separaban de él. Una vez me sonrió, y su sonrisa fue tajada de sandía, estrella de colores, durazno inacabable.

Durante varios meses lo vi pasear en su cochecito, hasta que un día la niñera lo puso sobre el pasto y Daniel empezó a dar unos pasos cortos e inseguros. Una lágrima rodó por mi mejilla y se unió en mi cuello con una gota de sudor.

Poco a poco Daniel fue caminando más y mejor; llegó un momento en que casi ni usaba el cochecito. Eso y el cambio de niñera fue lo que me hizo pensar en una nueva estrategia: abandoné el ejercicio y compré un labrador de color blanco al que paseaba religiosamente de una a dos de la tarde.

El perro fue un imán para Daniel, que se acercaba cada vez que podía para acariciarlo y darle besos volados. Para mi hijo era un espectáculo ver cómo el perro corría tras la pelota que yo le había tirado y luego regresaba con su presa para reanudar el juego.

Con mis saludos y sonrisas fui ganándome la confianza de la niñera. Empecé a pasar cada vez más tiempo con Daniel, que sonreía ofreciéndome el mundo cuando jugábamos a la pelota. Escuchar sus

primeras palabras, sus primeras oraciones, me hicieron conocer la imagen de la felicidad.

Las noches de sexo con mi esposa fueron haciéndose cada vez más infrecuentes. Cuando estaba en la cama, solo quería dormir para soñar que jugaba a las escondidas con Daniel, y que lo encontraba siempre, y que lo cargaba alto, atravesando las nubes.

Mi hijo se convirtió en mis ojos, en mis manos, en mi certidumbre.

Sin embargo, una hora al día empezó a parecerme insuficiente: era mi hijo, Daniel era mi hijo y eso me daba todo el derecho de contemplar su sonrisa cuando me viniera en gana.

Había que tomar una decisión. No era fácil, pero había que tomarla.

Ódienme si quieren, piensen de mí lo peor, deséenme todos los males de la tierra: mañana cuando juegue con Daniel en el parque, voy a patear la pelota detrás de los arbustos, cerca a la avenida, y vamos a ir juntos a recogerla. Ahí estará mi auto lleno de juguetes y regalos, dispuesto para la fuga.

Pastillas

Después de casi cuatro años de intentar e intentar, resultaba obvio que no íbamos a tener un hijo. No fue fácil aceptarlo, porque antes incluso de casarnos habíamos planeado tener una familia numerosa. Los nombres los habíamos elegido después de una noche de amor demasiado intensa, entre besos y sonrisas: Facundo, Gaetano, Sebastián, Brisa, Maricielo, Adriana.

Aunque en un momento lo pensamos, mi esposo y yo estuvimos de acuerdo en no acudir a una clínica de fertilidad: si no estábamos destinados a ser padres, había simplemente que aceptarlo y mirar el futuro con resignación, buscando la felicidad en otras partes.

Pero la tristeza nos consumía, en especial cuando veíamos los cuartos vacíos de esa casa enorme que habíamos comprado al poco tiempo de casarnos para que se llenara de hijos y de luz. El jardín donde los habíamos imaginado jugar y correr se cubría de blanco cada invierno, sin sonrisas ni hombres de nieve.

De pronto fue claro: si no íbamos a tener hijos, entonces tendríamos un perro.

Blackie llegó a la casa con los ojos cerrados, tan pequeño que cabía en mis manos. Al principio tomaba la leche en mamadera, y yo era feliz cargándolo, haciéndole muecas y hablándole como si fuese un niño.

La depresión fue desapareciendo como la nieve.

Pero yo quería más, y entonces llegó a la casa un gato (Félix), un hámster (Nicolo), un par de loros (Lorenzo y Pepita), y conejos,

muchos conejos que se reproducían justamente como conejos, llenando de vida ese jardín que parecía inacabable.

Tal vez porque de alguna manera me sentía madre, tal vez porque había dejado de sentir la presión de serlo, después del invierno salí embarazada. La felicidad que sentí no puede ser descrita con palabras, o tal vez sí, pero no voy a hacer el esfuerzo.

Facundo nació en diciembre. Mi mamá llegó de Lima para ayudarme con la criatura y la casa y fui aún más feliz. Me levantaba todas las noches a darle de mamar y cambiarle el pañal a Facundo cada tres horas; no dormía nada, pero esos momentos que pasaba contemplando a mi hijo eran los más felices que había vivido hasta ese momento. Todo a mi alrededor estaba vestido de luz.

Si nos había tomado cuatro años concebir un hijo, era absolutamente lógico pensar que el siguiente nos tomaría cuatro años más. Esa fue la razón por la que no perdimos el tiempo cuando la ginecóloga me dijo (con una sonrisa cómplice) que ya podía volver al ritmo sexual de antes.

Brisa y Adriana nacieron a finales de noviembre, poco antes de que Facundo cumpliera su primer año. Mi mamá no pudo venir a Albany porque en ese mismo mes mi hermana daba a luz en Buenos Aires y le tocaba irse para allá.

La felicidad y los problemas se vieron multiplicados. Facundo, que finalmente se había acostumbrado a dormir durante toda la noche, se despertaba cuando sus hermanas lloraban en la madrugada. Durante el día era peor, porque además de ocuparme de los hijos, tenía que sacar a pasear a Blackie, recoger la caca de Félix, encontrar a Nicolo, cambiarle el agua a Lorenzo y Pepita, limpiar la jaula de los conejos que se habían reproducido justamente como conejos, alimentar a todos, llevar a Blackie al veterinario, bajar a Félix del árbol, volver a encontrar a Nicolo, perseguir por toda la casa a Lorenzo y Pepita, comprar más jaulas para los conejos que se seguían reproduciendo justamente como conejos...

Por primera vez en mi vida empecé a tomar pastillas anticonceptivas.

Casandra

Alrededor de los cuatro meses, Casandra empezó a meterse a la boca todo lo que encontraba a mano: sus dedos, la colcha, el babero. Cuando se descubrió los pies, naturalmente estas extremidades pasaron a ser un objeto bastante codiciado, aunque no siempre podía satisfacer su deseo. Le compraba muñecos que al apretarlos producían los más graciosos sonidos, sonajas coloridas de todas las formas y tamaños, títeres sonrientes que aplaudían con mis dedos: todo, absolutamente todo se lo metía a la boca sin importarle la textura o el sabor de los objetos. La mayor parte del tiempo tenía puesto el chupón, pero esto parecía no ser suficiente para la criatura, porque sin dejar de chuparlo, lograba —con una pericia sorprendente— meterse el dedo o algún juguete que encontraba por ahí.

Siempre había escuchado que una madre puede distinguir los diferentes matices del llanto de su bebé, y de esa manera saber qué tipo de necesidad es la que hay que satisfacer. Pues bien: eso no sucedió conmigo. Por razones que nunca pude precisar, Casandra se ponía a llorar inconsolablemente por lo menos una vez al día. Cuando le secaba las lágrimas, la bebé siempre intentaba meterse mis dedos a su boca, lo que yo invariablemente evitaba, porque no me parecía algo muy higiénico: aunque me lavaba constantemente las manos, tenía miedo de pasarle algún microbio o el sabor del ají que todos los días cortaba para la salsa criolla del almuerzo.

Los llantos de Casandra alteraban mis nervios de manera cada vez más ascendente, por lo que empecé a tomar un ansiolítico que

ayudaba a relajarme, pero a la vez me producía un sueño al que no me podía entregar, ya que tenía que ocuparme de la criatura. La situación era relativamente manejable, hasta que un día Casandra lloró con una fuerza que no le conocía. Intenté todos los medios para poder calmarla, pero mis esfuerzos fueron inútiles: sus gritos entraban a mi cabeza como un tren cuyos vagones fueran ambulancias con las sirenas encendidas. Debido a mi impotencia y desesperación tuve que tomar tres pastillas del ansiolítico que me dejaron caminando entre nubes. Sabía de antemano que no era lo más apropiado, pero era eso o arrojarme por la ventana del edificio.

Al momento de secarle las lágrimas, Casandra intentó como siempre meterse mis dedos a la boca, y esta vez la dejé hacer: el meñique y el anular entraron con sorprendente facilidad. Sin que me diera cuenta, de pronto mi puño estaba dentro de su boca, y poco tiempo después todo mi brazo había desaparecido dentro de Casandra. Lógicamente me pareció bastante extraño, pero el efecto de los ansiolíticos evitó que reaccionara de la manera en que cualquiera lo hubiera hecho de estar en esa misma situación.

Casandra sonreía, mientras una fuerza desconocida me succionaba dentro de ella, una fuerza a la que hubiera sido inútil oponerse, especialmente considerando mi estado. Poco a poco mi cabeza fue entrando a través de su boca, hasta que todo se volvió negro. Pude sentir cómo todo mi cuerpo entraba por ese pequeño orificio, y en ese momento se me vino a la mente la imagen de esas culebras que se comen algo mucho más grueso que ellas, un huevo de avestruz, por ejemplo, y su cuerpo se extiende mostrando la forma de lo recientemente ingerido. La imagen no correspondía, sin embargo, con lo que estaba pasando conmigo y la bebé, porque en ningún momento el volumen de Casandra cambió: sus mejillas ni siquiera se inflaron cuando mi brazo estuvo dentro de su boca.

Lentamente, la oscuridad fue cediendo frente a una luz que lo empezó a iluminar todo, como un televisor antiguo al encenderse. Lo primero que vi fue el techo, luego la pared pintada de un rosado muy tenue en la que volaban mariposas de colores, y finalmente dos pies

muy pequeños que se movían con rapidez. Tardé un poco en darme cuenta de que esos pies eran los míos, es decir los de Casandra: yo ocupaba su cuerpo y veía a través de sus ojos.

Me invadió una sensación de paz y tranquilidad: por primera vez desde que nació la bebé pude dormir de corrido y sin mayores preocupaciones. Cuando desperté, sentí el pañal húmedo y un fastidio en el estómago que interpreté como hambre. Mi esposo llegaba regularmente a las siete de la noche, pero no sabía qué hora era ni cuánto había dormido. Recordaba que la última mamadera se la había dado a Casandra a las dos, así que suponía que debían ser por lo menos las cinco.

De pronto el teléfono empezó a sonar. Nunca me ha gustado el ruido que hacen estos aparatos, por lo que me esfuerzo por contestar a la primera timbrada. Odio cuando en las películas el teléfono de uno de los actores empieza a timbrar, y por alguna razón nadie quiere o puede contestar, y el aparato suena y sigue sonando, y una sensación de angustia se apodera de mi pecho, al punto de que tengo que salir del cine o apretar el botón de MUTE del control remoto.

El teléfono dejó de sonar. Respiré tranquila por un momento, pero luego otra vez regresaron las insistentes timbradas. Pensé en ese momento que tal vez mi esposo estaba llamando para decirme que iba a llegar tarde a la casa, que tenía una reunión de negocios imprevista o algo parecido. Me aterraba esa posibilidad, porque de ser así iba a estar sin comer y con el pañal mojado por quién sabía cuánto tiempo.

Lloré. Lloré opacando el sonido del teléfono. Lloré a gritos, con una intensidad incluso mayor que la misma Casandra, sin importarme la bulla que yo misma estaba haciendo. En ese preciso instante llegó mi esposo, a quien en las pausas de la respiración sentí entrar al cuarto. Me levantó para calmarme, y mientras me mecía, entraba a todas las habitaciones llamando mi nombre. Después de recuperar el aliento, quise explicarle lo que había sucedido, pero de mi boca no salían palabras, sino apenas ruidos sin orden ni concierto. Frente a esta nueva frustración, regresé al llanto, el único recurso del que disponía.

Con cara de preocupación, mi esposo me cambió el pañal (ah, el contacto del paño con esencias de aloe vera sobre la piel, la sensación de estar finalmente seca y limpia), y trajo una mamadera con fórmula. Tenía la idea de que iba a saber horrible, porque cada vez que yo mezclaba ese polvo blanco con agua, olía francamente espantoso. Pero tal vez a causa del hambre, la mamadera fue en ese momento como néctar de los dioses: en menos de dos minutos ya no había nada. Poco tiempo después, ya en la cuna, el sueño conquistó mi cuerpo sin que yo ofreciera ninguna resistencia.

Me desperté al escuchar la voz de mi suegra que trataba de calmar a mi esposo, diciéndole que no se preocupara, que tal vez yo había salido con unas amigas o lo que fuera.

—Pero cómo va a dejar sola a Casandra, mamá, eso es imposible. Además ya llamé a todas sus amigas y nadie sabe nada de ella.

La fuerza de mi llanto cortó la conversación. Al poco tiempo, mi esposo me sacó de la cuna para darme una nueva mamadera, la cual me supo a hidromiel, a suspiro a la limeña, a arroz con leche. Traté de no dormirme, pero fue inútil.

Al día siguiente llegó un policía para investigar el caso. Nadie podía entender qué había sucedido, porque la puerta no había sido forzada, y mi cartera con los documentos y las tarjetas de crédito estaba colgada donde siempre. Escuché a la hermana de mi esposo sugerir que tal vez yo estaba con depresión post parto, y harta de los llantos de la bebé me había fugado de la casa sin pensar en nada. Esa hipótesis fue la que terminó imponiéndose.

Tengo que reconocer que empecé a disfrutar de mi estado: si quería comer, ahí estaba la mamadera; si tenía sueño y no podía dormir, mi esposo me llevaba a la sala a bailar hasta que mis ojos se cerraran; si quería jugar, él hacía caras graciosas e incluso dejaba que le tocara los ojos y los labios. Disfruté mucho esta nueva relación con mi esposo, porque la verdad que algunos problemas habíamos tenido. Incluso antes de salir embarazada la palabra *divorcio* se había escuchado en algunas de nuestras discusiones.

Después de dos meses, mi esposo tuvo que regresar al trabajo. Fue

bastante duro para mí, porque sabía que ya no iba a estar conmigo en todo momento. Contrató a una niñera que me trataba sin ningún cariño: nunca me sonrió ni me hizo una cara graciosa, se limitaba a hacer su trabajo con la seriedad de una monja alemana. Yo esperaba las noches con impaciencia, y era un mar de sonrisas cuando mi esposo llegaba y me cargaba tan alto.

Extrañaba a Casandra, ciertamente, pero quería disfrutar un poco más el goce de ser otra vez una bebé: consideraba que si ella había estado dentro de mí por casi nueve meses, era justo que yo estuviera dentro de su cuerpo por un periodo similar.

Algo sucedió, sin embargo, que precipitó los hechos.

Un día llegó mi esposo con su secretaria, quien traía un regalo para mí: un oso de peluche rosado que me pareció horrendo. Aun así, sonreí cuando me lo enseñó y lo puso en mi cuna. Las sonrisas acabaron cuando las visitas empezaron a ser frecuentes. Cada vez que ella llegaba, yo comenzaba a llorar como cuando me pusieron las vacunas de los seis meses. La preocupación fue incluso mayor cuando empezó a ir los sábados a comer a la casa, cuando mi suegra venía a quedarse conmigo para que ellos pudieran salir a un restaurante o a ver una película.

Resultaba evidente que estaba a punto de perder a mi esposo, por lo que decidí abandonar el cuerpo de Casandra antes de lo pensado. Me pareció que la forma más apropiada de salir era justamente por donde había entrado. Por ello, después de tomar la mamadera, me concentré todo lo posible para vomitar, pero lo único que salió del cuerpo de Casandra fue la mitad de la fórmula que había tomado.

Sin embargo, no me di por vencida. Invariablemente, después de cada mamadera, yo vomitaba todo lo que mis fuerzas me permitían, esperando salir de esa pequeña prisión. Mi esposo, bastante preocupado por todo esto, me llevó al pediatra, quien dijo que lo más probable era que se tratara de un caso bastante serio de reflujo, por lo que tenía que tomar unos remedios que en cuestión de días iban a solucionar el problema. Por supuesto, los medicamentos no sirvieron de nada: yo seguía vomitando y bajando de peso, lo que preocupaba

terriblemente a mi esposo, que ya no sabía a qué pediatra llevarme.

Una tarde, después de la mamadera de las seis, cuando me hacía la dormida en la cuna, pensé en todas las comidas que no me gustaban, en materia orgánica descompuesta, en que tenía que salir a como diera lugar. Con toda la fuerza de mi desesperación, vomité y vomité sin parar, vomité el alma, vomité hasta perder el sentido, hasta el desmoronamiento.

Cuando me desperté, yo estaba echada en el piso del cuarto de Casandra. Ella dormía plácidamente en su cuna. Sonreí.

No voy a entrar en detalles sobre el reencuentro, solo diré que hubo lágrimas, eso sí, y preguntas, muchas preguntas. Lo importante es que finalmente recuperé a mi esposo y a mi hija, y todo ha vuelto a ser prácticamente como antes. Lo único que ha cambiado es que ahora voy al psiquiatra tres veces por semana.

Casa tomada

La transformación del departamento empezó pocas semanas después de que Sebastián aprendiera a caminar.

Lo primero que sacamos fue la mesa de la sala, porque su baja altura representaba un riesgo para el bebé; ya se había golpeado una vez contra el vidrio intentando pararse, y ahora que Sebastián caminaba, la mesa representaba un peligro mayor.

Luego sacamos el sofá de cuero, porque el bebé había aprendido a subirse sobre él, pero desconocía absolutamente el movimiento inverso. Si uno no estaba atento, se podía lanzar de cabeza hacia el piso de madera y estallar en llanto por varias horas.

Corrieron igual suerte los inmensos cuadros coloniales que se exhibían majestuosos en las paredes de la sala y el comedor: arcángeles, vírgenes y santos no soportaron más el martirio de unas pequeñas manos con restos de plátano, galletas y sandía.

La lámpara de pie fue retirada el día en que Sebastián, Sansón en el templo filisteo, la movió con todas sus fuerzas: la pantalla de metal cayó, dibujando un arco sobre su cabeza, a pocos centímetros de sus pies.

Tuvimos que retirar también la alfombra (casi) persa, debido a que cuando nuestro hijo corría por la sala, solía tropezarse con este obstáculo de diseños coloridos y caer al suelo convertido en personaje de cuadro cubista.

Libros y librerías fueron exiliados del departamento: no podíamos permitir que el bebé jugara a arrancar las hojas de los volúmenes que

se encontraban a su alcance, y en especial que se trepara a los librerros convertidos en esos momentos en escaleras a punto de sucumbir.

Sacamos las sillas del comedor, porque a Sebastián le parecía sumamente divertido empujarlas por toda la casa. Lamentablemente, los vecinos de abajo no compartían la misma opinión; varias veces llamaron quejándose del ruido, al que definían como elefantes apareándose en su techo.

Sin las sillas, la mesa del comedor perdía toda funcionalidad, por lo que decidimos sacarla también del departamento. Por otro lado, las patas de madera eran peligrosas para el bebé que corría sin control ni equilibrio desde su cuarto a la cocina.

Precisamente la cocina fue otro ambiente que sufrió los estragos de la presencia de Sebastián. Todo lo que se guardaba en las repisas y cajones que estaban a su alcance tuvo que colocarse en lugares más elevados. Pusimos las ollas y platos de los anaqueles inferiores encima de los armarios, muy cerca del techo. La totalidad de los cubiertos del cajón principal fue a parar al mismo sitio, porque empinándose, el bebé podía sacar, por ejemplo, un cuchillo de acero inoxidable y correr por toda la casa con el arma en sus manos.

Probablemente la transformación más notoria fue el vacío que dejó la cocina de cuatro hornillas y horno con puerta de vidrio templado: un hueco cuadrado entre la refrigeradora y el lavavajillas. Armado con el pez de plástico que le regaló su madrina por su primer cumpleaños (con el cual se había roto accidentalmente la cabeza), Sebastián golpeaba y golpeaba la puerta de vidrio, la que terminó por rajarse, inutilizando el horno de manera definitiva.

Tuvimos que deshacernos de la cama en la que Sebastián había sido concebido una mañana en la que los pájaros cantaron hasta quedarse ciegos, porque más de una vez el bebé se había golpeado contra el marco de madera. Por el mismo motivo, las mesas de noche desaparecieron del cuarto, dejando apenas una línea negra en la pared, único vestigio de su anterior existencia.

Como Sebastián aprovechaba cualquier oportunidad para meterse al baño (lo que representaba sin duda un peligro de golpe o ahogo

para la criatura), optamos por clavar la puerta y cerrarla hasta nuevo aviso. Lo mismo ocurrió con los clósets y el pequeño estudio en el cual solía escribir.

Poco a poco, todo fue desapareciendo del departamento, incluso las niñeras que se iban argumentando que Sebastián era muy hiperactivo, que estaban cansadas, que no podían con el ritmo del bebé.

Con el pie sobre su perro de peluche, Sebastián mira los espacios vacíos como un general frente al territorio recién conquistado.

En el consultorio del psicólogo

—Como le decía, doctor, mi hijo de dos años no muestra ningún afecto hacia mí. Todo el cariño lo dirige hacia su madre. Es como si yo no existiera, o peor: mi presencia parece molestarlo y me lo hace saber cada vez que puede.

—Entiendo que es una situación difícil, aunque tal vez...

El psicólogo tose durante un rato y no termina la idea. Después de unos segundos de silencio, el paciente continúa:

—Difícil, más que difícil, doctor. No deja que yo le cambie el pañal. Si mi esposa no está ahí, es imposible cambiarlo. Grita, patalea, hace lo posible por orinarse encima de mí. Si me descuido, me tira el pañal sucio en la cara...

—Es una etapa muy complicada, pero hasta cierto punto entendible: por motivos biológicos y psíquicos, ellos han creado un vínculo muy fuerte, y eso es totalmente normal. No soy muy amigo del psicoanálisis, pero en este caso parece que estamos frente a un complejo de Edipo. Un triángulo que en la fantasía de Sergio puede convertirse en una línea recta...

El psicólogo vuelve a toser, estornuda, se limpia con un *kleenex* que saca de una caja de cartón que imita la madera barnizada.

—Usted no ha visto cómo se abrazan, doctor. El amor se siente a kilómetros de distancia, parece como si fueran una sola persona. «Sergiomami», dice mi hijo inventando esa palabra que los incluye a los dos y me deja fuera del lenguaje. Yo le digo «Abrazo a papá», y Sergio me mira como si le hablara en japonés, atrapado en ese abrazo

que me provoca cortar con machete o hacha recién afilada.

—Entiendo la frustración que debes sentir. Pero no hay que actuar apresuradamente, por supuesto. Lo importante es calmarse y pensar cómo se pueden resolver esos problemas.

—Ya, pero todavía falta, doctor. Ayer yo estaba sentado sobre la alfombra de su cuarto, tratando de leerle algún libro... Sergio no me hacía ningún caso: las palabras del Doctor Seuss se iban por la ventana para no regresar jamás. De pronto, Sergio se acercó hacia mí y me abrazó con una fuerza que nunca había sentido. Era (así lo pensé en ese momento), el amor más absoluto, las disculpas tantas veces esperadas, el vínculo paterno-filial que empezaba a florecer. Las lágrimas de felicidad duraron menos de siete segundos. Su cara enrojecida, sus muecas, y los olores que acompañaron este proceso, me volvieron a la realidad: Sergio estaba haciendo caca y yo no era nada más que una agarradera, un mueble del cual se cogía para hacer más fácil su dolorosa evacuación.

—¿Y tu esposa no le habla a Sergio para que cambie de actitud? ¿No pone de su parte para arreglar el problema?

—Sí, claro, ella le repite todos los días que yo lo quiero mucho, que me debería mostrar cariño, pero nada funciona. Hace tres meses los dos jugaban al beso: Clara lo perseguía, y cuando Sergio no encontraba dónde esconderse, le daba un beso en la boca, ese era el juego. Yo estaba ahí, viéndolo todo, celoso, lejos de ese mundo que habían creado para ellos. Después de trescientos o mil besos, Clara le dijo «Muy bien, Sergio, ahora dale un besito a tu papá». Mi hijo corrió hacia mí, dispuesto (o por lo menos así lo creí yo) a darme ese primer beso con el que había soñado toda mi vida. Era feliz, iba a ser feliz. De pronto, Sergio saltó hacia mí como un tiburón de película y me mordió los labios con toda la fuerza de sus pequeñas y feroces mandíbulas. Me tuvieron que poner cinco puntos en el labio inferior...

El psicólogo tose una vez más. Se limpia disimuladamente la boca con la mano: se le acabaron los *kleenex*.

—¿Qué me recomienda, doctor? ¿Qué puedo hacer para enfrentar

este problema?

—No me cabe duda de que se trata de algo pasajero. Hay que tener paciencia. A medida que Sergio vaya creciendo, se va a acercar más a ti y poco a poco te irá demostrando su afecto.

—¿Y mientras tanto qué hago?

—Aleja a tu hijo de cualquier arma de fuego u objeto punzocortante, cierra la puerta de tu cuarto por las noches, desconfía hasta de su propia sombra. Y engendra una hija que se enrede entre tus brazos como en un laberinto.

Espejo

Un día como hoy, hace exactamente ocho años, nació mi hijo. El embarazo fue bastante problemático, porque debido a los sangrados que mi esposa tuvo al segundo y cuarto mes, parecía probable que tuviera una pérdida. Gracias al reposo absoluto y a los cuidados del médico, el bebé nació en la semana treinta y seis con dos kilos de peso, lo que no estuvo tan mal considerando todos los problemas que se habían presentado. El regalo fue doble, porque coincidentemente (así lo pensaba entonces) nació el día de mi cumpleaños: la celebración se extendió más allá del horario de visita.

Incluso antes de que mi esposa saliera embarazada, ya estaba decidido que, de ser hombre, el bebé se llamaría Fernando, igual que yo, dado que ese es el nombre de mi padre y mi abuelo, y no me parecía correcto romper una tradición de tan larga data. Mi esposa no estuvo muy de acuerdo, porque argumentaba que como ella tenía el mismo apellido que mi madre, los nombres completos del padre y el hijo iban a ser exactamente iguales, y esto solo podía traer confusión y problemas. Si bien es cierto algo de razón tenía, el peso de la tradición fue más fuerte, y al final terminó aceptando el nombre.

Todos los que fueron de visita a la clínica coincidieron en que el bebé era exactamente igual a mí. Yo no estaba tan seguro de esto (para mí todos los bebés, al nacer, son muy parecidos entre sí), pero era verdad que había sacado mi barba partida y la forma de mi nariz.

—Qué injusto —dijo una amiga de mi esposa en la habitación de la clínica después de poner en un florero transparente un ramo de

girasoles y un globo que decía *IT'S A BOY*—. Nosotras los llevamos nueve meses en la barriga, y al final terminan pareciéndose solo a los padres.

Al nacer, el bebé (como todos o casi todos los recién nacidos) tenía los ojos grises. Sabíamos que no se iban a quedar así: o sacaba los ojos verdes de su madre, o los marrones de su padre. A los dos meses, la pigmentación se fue definiendo y resultó clarísimo que Fernandito iba a tener mis ojos de castaña madura. De la misma manera, el pelo lacio con el que nació, poco a poco se fue ondulando, lo que hacía que las similitudes fueran más evidentes.

Que el bebé era muy parecido a mí estaba fuera de discusión. Bastaba que alguien lo viera por primera vez, para que hiciera un comentario sobre la sorprendente semejanza. Mi madre, feliz por su primer nieto, no se cansaba de repetir lo idénticos que éramos.

—Mira esta foto —me dijo un día que fui a almorzar a su casa—. Cualquiera diría que ese bebé es mi nieto, pero eres tú a los dos meses.

Mi madre me contó en ese momento que yo estaba vivo de milagro, porque debido a un problema de quistes en el útero, su embarazo había sido bastante peligroso: estuve a punto de nacer antes de los seis meses. Afortunadamente, el reposo absoluto y las pastillas que le dio el doctor, evitaron que yo naciera tan prematuramente. En la semana treinta y seis, mi madre dio a luz a su primer y único hijo.

Las coincidencias eran sin lugar a dudas sorprendentes. Sin embargo, preferí no pensar en esas cosas, y disfrutar de mi hijo: verlo crecer, jugar juntos a la pelota, contarle historias que hacían que su rostro se iluminara antes de quedarse dormido.

Una tarde de domingo en que decidí ordenar el caos del depósito, encontré mi viejo *Álbum del bebé*, que mi madre me había entregado cuando en un arranque de independencia me fui a vivir con mi novia a un departamento un poco alejado del barrio. Entre los datos que mi madre había anotado, se destacaba lo siguiente:

Peso al nacer: 2 kilos
Mi primer diente: 6 meses y medio
Comencé a caminar: 13 meses
Mi primera palabra: agua
Mi comida favorita: puré de manzana

Todo, absolutamente todo correspondía con el álbum de Fernandito, lo que me produjo una sensación de extrañeza y asombro. Pero cuando él me regaló por el Día del Padre un pez de papel platina pegado sobre una madera, mi sorpresa fue mayor, porque cuando yo tenía seis años le había regalado a mi papá un pez exactamente igual a ese (lo recuerdo perfectamente bien, porque en aquel entonces me sentí bastante orgulloso de mi creación). Traté de tranquilizarme pensando en que tal vez los jardines de infantes no habían cambiado mucho en las técnicas de manualidades, o que probablemente Fernandito había encontrado ese viejo pez en el depósito del abuelo y había decidido copiarlo. Sin embargo, algunos meses después, el asombro se convirtió en desconcierto.

—¿Qué haces? —le pregunté al verlo escribir en un pequeño cuaderno de tapas negras.

—Escribo un poema —me respondió orgulloso.

Es difícil describir la emoción que sentí. De niño, yo también escribía poemas, afición que se fue acrecentando con los años, hasta convertirse en un fuego que alumbraba mis manos. Siempre había pensado en lo hermoso que sería el día en que mi hijo me enseñara su primer poema. Casi temblando de emoción, sostuve el cuaderno como si en ese momento sostuviera el universo. Escrito con tinta azul y en letra imprenta, un pequeño poema ocupaba la primera página:

La niña es una princesa
Con ojos grandes de tigre
Parada sobre la mesa
Ella me mira y se ríe.

El cuaderno se cayó de mis manos. Fue la confusión y el desconcierto más grande, porque ese mismo poema lo había escrito yo a los siete años: fueron mis primeros versos, de eso no tenía la menor duda. Era imposible que Fernandito los hubiera copiado, porque el cuaderno de tapas negras en el que escribí ese poema, se me había perdido en el colegio y nunca lo pude recuperar. Esos versos existían solo en mi memoria y ahora también en el cuaderno de Fernandito. La situación era bastante extraña, fuera de cualquier límite de lo racional.

Para evitar discusiones y visitas al psiquiatra no se lo comenté a mi esposa, pero terminé por aceptar que mi hijo era una versión exacta de mí mismo, que de alguna manera una copia de mí había nacido para sufrir las mismas angustias y disfrutar los mismos placeres, que inevitablemente todo acto que yo hiciera se vería repetido en el tiempo. En un comienzo, la idea de que mi hijo fuera un espejo a distancia de mis actos, aunque fantástica y desconcertante, no dejaba de parecerme divertida. Sin embargo, poco a poco fui dándome cuenta de que todas mis decisiones tendrían el mismo efecto irrevocable en la vida de mi hijo. Una cosa era comprobar que él repetía acciones de mi pasado, y otra muy distinta, saber que mis decisiones futuras también iban a ser tomadas por él. Me veía obligado a tener una conducta irreprochable, a vivir una vida moralmente perfecta, porque si por ejemplo un día yo decidía consumir drogas o serle infiel a mi esposa, él iba a repetir estas acciones con una precisión de reloj suizo. Era (es) insoportable saber que el más mínimo pensamiento que yo tuviera (el deseo prohibido que siento por la vecina de diecisiete años que me mira sensualmente al saludarme, la idea jamás realizada de desviar fondos de la empresa en la cual trabajo, el plan tantas veces imaginado para un asesinato perfecto), iba a ser repetido inevitablemente por él.

Mi vida, como pueden comprender, se ha vuelto intolerable, y aunque he intentado soportar la presión de esta responsabilidad, desde hace unos meses he estado al borde de la locura, comportándome como un autómatas, intentando vaciar mi mente de

pensamientos oscuros y prohibidos.

No lo soporto más.

Resulta doloroso saber que en exactamente treinta años, sin siquiera sospecharlo, mi hijo escribirá estas mismas y terribles palabras.

Concurso

Cuando su hijo cumple cuatro meses, el escritor se entera de que hay una convocatoria a un importante concurso de cuentos en España —la cantidad de euros no está nada mal—, en el cual se debe relatar la experiencia de la paternidad. Él ha ganado algunos premios a nivel local, y se ha sentido orgulloso por ello: su manejo de los americanismos y el habla coloquial de esa región siempre han caído bien en el jurado.

El escritor piensa que esa cantidad de euros le vendría bastante bien, porque nunca se había imaginado que la llegada de un bebé sería algo tan costoso: pañales, fórmula, médicos, etc. Su trabajo en Marketing Directo («Felicitaciones Señora Salas, usted ha sido elegida para una oferta que nunca más se va a volver a repetir...») le alcanza apenas para llegar a fin de mes, así que ese dinero le vendría muy bien, especialmente porque tiene que pagar las benditas tarjetas de crédito, cuyos intereses crecen tanto como su hijo, que de medir 47 cm. al momento de su nacimiento, ha llegado en pocos meses a 65 cm. Piensa: si gano, podría cancelar todas mis deudas y, además, callaría para siempre a esos críticos imbéciles que dicen que solo escribo para el medio local.

Como el escritor tiene bastante confianza en sí mismo, cree que es perfectamente posible ganar el concurso. Está seguro de que si se lo toma en serio, va a escribir un cuento capaz de convencer al jurado más exigente. La idea la tiene relativamente clara: va a escribir sobre el día que nació su hijo. Evidentemente, no va a narrar los hechos tal

como ocurrieron, pero la realidad le servirá de base para construir una historia que espera sea divertida. Por lo menos, el final que ha decidido darle es bastante sorprendente; sabe que será la mejor parte del relato, lo que de algún modo puede convertirlo en un cuento ganador.

Esta es la primera vez que el escritor ha decidido presentarse a un concurso fuera de su país. No lo había hecho antes porque sus textos se caracterizan por tener una cantidad importante de americanismos y giros locales, y siempre consideró que esto podría ser una desventaja a la hora de competir con otros escritores cuyos cuentos estuvieran escritos en un español estándar, o en todo caso con localismos del país donde se organiza el concurso. Ahora que ha decidido participar, sabe que no puede escribir con su estilo habitual, porque probablemente los miembros españoles del jurado no entenderán algunas frases o palabras, lo que pondría en riesgo el hipotético primer premio del concurso. Con esto en mente, se sienta a escribir.

El escritor empieza contando —ha decidido narrar en tercera persona— que X, como todos los sábados, sale a correr por el vecindario. Debido a que su esposa tiene treinta y siete semanas de embarazo, dudó por un momento en salir, pero ella misma lo convenció de que no tenía sentido que se quedara en casa: faltaban todavía tres semanas para que diera a luz.

El escritor pasa a describir la ropa que X lleva puesta: un pantalón de buzo y una casaca azul. Relee lo que ha escrito, y piensa que tal vez «buzo» en España solo significa *hombre que tiene por oficio trabajar sumergido en el agua*; por otro lado, «casaca», ahora que lo lee, le suena un poco regional, así que borra lo escrito y escribe: un pantalón de chándal y una chaqueta azul. X corre diez cuadras (el escritor corrige: diez calles) y de pronto se da cuenta de que se ha olvidado el celular en casa (corrige: el móvil). El ligero fastidio que esto le produce se va cuando ve a una chica muy guapa de rulos (corrige: con el pelo ondulado) que lleva puesta una chompa de cuello Jorge Chávez (corrige: un jersey de cuello tortuga). Como hace varias semanas que no puede tener sexo, la imagina calata (corrige:

desnuda); ella se da cuenta de su mirada, le sonríe, conversan un rato, y finalmente la mujer le propone ir a su casa. X no le quiere sacar la vuelta a su esposa (corrige: no quiere serle infiel), así que rechaza cortésmente la invitación, y se aleja de ahí. Mientras corre, X se siente un poco pesado; piensa que no debería haber comido en la mañana tanto chicharrón con camote (el escritor relee lo escrito y como le parece un desayuno muy regional, prefiere cambiarlo por «tantos churros con chocolate caliente»). X decide regresar a su departamento (corrige: a su piso) para bañarse durante largo rato en la tina (corrige: en la bañera), y se sorprende al encontrar en la puerta una nota de su esposa que dice CONTRACCIONES / HOSPITAL / VEN RÁPIDO (corrige: VEN DEPRISA). Corre al estacionamiento y sube a su carro (corrige: a su coche), pero no enciende porque está malogrado (corrige: estropeado). En ese momento se lanza a la calle y entonces...

El escritor est  a punto de terminar; solo le falta escribir el último párrafo, el final sorpresivo, lo que est  seguro va a convertir a un cuento relativamente simple en uno genial. Decide releer todo lo que ha escrito hasta entonces (siete carillas; el máximo son ocho, así que est  bien), pero a medida que lo hace, siente como si estuviera leyendo a otro: no se reconoce en esas palabras, ni siquiera en esos hechos, que —un poco cambiados, es verdad— le ocurrieron a él mismo. Después de meditar un rato, concluye que no puede traicionarse de esa manera, que es mejor olvidarse de ese cuento y ese concurso. Selecciona todo el texto y aprieta la tecla de BORRAR. Luego entra a una página de Internet, y después de buscar por unos minutos, encuentra la convocatoria a un concurso de cuentos organizado por el Municipio de su ciudad: la cantidad de dinero no es la misma que ofrecen los españoles, pero tampoco está mal. El plazo de entrega vence en tres meses, así que todavía tiene tiempo para escribir un cuento capaz de convencer a un jurado exigente y local. El escritor se tiene bastante confianza y sabe que es perfectamente posible ganar el concurso; es más, piensa que sería raro no ganarlo. Paladeando el sabor de la victoria, imaginándose recibiendo el cheque

y la escultura conmemorativa, se levanta y apaga la computadora (corrijo: el ordenador).

Obsesiones

De un tiempo a esta parte se me ha dado por recoger prácticamente todo lo que encuentro a mi paso: tapitas de lapicero, monedas de un centavo, boletos de ómnibus, peines con los dientes rotos, cajetillas vacías de cigarros, envolturas de chocolates, hojas de todas las formas y tamaños.

Hace unos cinco años mi doctor me recomendó que caminara durante una hora diaria, de preferencia por las mañanas, y aunque la constancia no es una de mis principales virtudes, he cumplido religiosamente con esta recomendación. Caminaba porque sabía que era bueno para mi salud, eso me daba fuerzas para levantarme de la cama y salir al caos de la calle. Ahora, sin embargo, me importa un pito si esa hora de caminata puede disminuir mi nivel de colesterol o mejorar mis dolores de espalda: salgo a caminar exclusivamente para encontrar esos objetos y cuidadosamente ponerlos en mis bolsillos o en una bolsa plástica que invariablemente llevo conmigo.

Mi psicoanalista está convencido de que la obsesión por recoger esos objetos se relaciona con un evento importante de mi infancia: el hecho de que mi papá se fuera de la casa cuando yo tenía cuatro años. Según él, el sentimiento de abandono por la ausencia de mi padre marcó mi vida de una manera *indeleble* (me sorprendió que usara esa palabra que yo solo escuchaba en tiempos de elecciones). Para el psicoanalista, la explicación es simple: si yo recojo esos objetos de la vereda, es precisamente porque me identifico con ellos por el hecho de haber sido abandonados. Yo no he leído mucho a Freud (tengo

incompletos los fascículos coleccionables de *La interpretación de los sueños* que venían gratis con el periódico del domingo), pero supongo que la idea del psicoanálisis es lograr la cura de la neurosis una vez que la verdad sale a la luz. Sin embargo, pese a la sorprendente revelación de mi psicoanalista, yo continúo con mi obsesión de recoger toda clase de objetos y llevarlos a la seguridad de mi casa.

Si, como dije antes, la constancia no es una de mis principales características, el orden ocupa lugar de preferencia en mi breve inventario de virtudes. Desde que empecé a recoger los objetos de las veredas, me dediqué a colocarlos en diferentes continentes de acuerdo a su naturaleza: en una caja estaban las tapitas de lapicero, en la siguiente las hojas de árbol, en otra las envolturas de caramelos, y así sucesivamente. No tuvo que pasar mucho tiempo para darme cuenta de la inconveniencia de esta clasificación. Porque, por ejemplo, en una misma caja se confundían todas las diferentes hojas, cuando es sabido que estas tienen forma lanceolada, lineal, ovalada, palmeada o (en algunos raros casos) trifoliada. Pensé después que los colores también debían tomarse en cuenta, y que incluso era posible agregar nuevos detalles a la clasificación para hacerla más exacta. Las cajas, naturalmente, se multiplicaron y pasaron a tener rótulos como estos: HOJAS MARRONES DE FORMA OVALADA CON MATIZ AMARILLO Y MARGEN ASERRADO, QUEBRADAS EN ALGUNA PARTE; TAPITAS ROJAS DE LAPICERO MANCHADAS DE TINTA QUE TERMINAN EN PUNTA Y TIENEN UNA RESQUEBRAJADURA EN LA PARTE DERECHA; PLATINAS DE CHOCOLATE QUE ME HICIERON PENSAR EN UN POEMA DE ÁLVARO DE CAMPOS, etc.

No le he contado a mi psicoanalista sobre este interés particular en el orden porque no me parece relevante y se puede además prestar a confusión. Hay gente que interpreta esta virtud como una obsesión enfermiza, lo que es a todas luces un error. Sin ir muy lejos, mi esposa me dejó hace unos años acusándome de ser un maniático del orden y muy posesivo, prácticamente un loco de atar: se llevó con ella a mi hijo y mi felicidad.

Mi sistema de clasificación tan detallista fue convirtiendo mi

colección en un desorden total, hasta el punto en que las cajas llegaron a contener solo un objeto: MONEDA DE UN CENTAVO CON EL ESCUDO NACIONAL LIGERAMENTE DESGASTADO QUE ENCONTRÉ A LOS CINCO MINUTOS DE SALIR A LA CALLE EN UN DÍA DE INVIERNO BAJO UNA NUBE QUE TENÍA LA FORMA DE UN DELFÍN EN PLENO SALTO.

Como pueden suponer, el caos en mi casa es absoluto. Las cajas, puestas unas sobre otras hasta el techo, han ido apropiándose de todas las habitaciones. Ahora me resulta casi imposible saber dónde está mi propia cama, caminar por los pasillos, llegar a la cocina, encontrar la puerta de salida.

Estoy a punto de tener la inmovilidad de una estatua cagada por las palomas.

Dinosaurio

El sueño que tuvo Z esa noche fue este:

Al llegar a casa, su esposa le dice que está embarazada. Después de unos segundos de silencio, las palabras empiezan a salir de la boca de Z como de un avispero: rápidas, decididas, hirientes. La molestia de Z se debe a que antes incluso de casarse habían llegado al acuerdo de no tener hijos para conservar su independencia. Todas las noches ella tomaba la pastilla anticonceptiva y él una copa de vino que lo ayudaba a dormir: así habían cumplido once años de feliz matrimonio sin mayores desvelos ni obligaciones. Pero ahora que iban a tener un hijo (por descuido o voluntad de ella, Z no estaba seguro), todo iba a cambiar para siempre. Más calmado, después de dormir tres noches en el sillón de la sala, Z acepta lo inevitable y piensa que tiene menos de ocho meses para hacer lo que por alguna razón siempre dejó para más tarde: viajar a Europa, recorrer en su auto toda la costa del país, escribir una novela. Los dos primeros objetivos los cumple sin mayores contratiempos (una llanta desinflada, una gitana que en Madrid le lanza una maldición), pero el tercero le resulta más difícil de lo esperado: su esposa ya tiene treinta y dos semanas de embarazo y él apenas ha podido escribir unas cuantas páginas. No se amilana, sin embargo, y decide dedicarle más horas a su empresa: escribe en la cama, en el baño, a la hora del almuerzo y del café. Está escribiendo cuando su esposa le anuncia que ha empezado con las contracciones; Z deja a un personaje sobre el lomo de un caballo y la lleva al hospital. Algunas horas después, escucha con una mezcla de temor y

asombro el primer llanto de su hijo y en su cara se dibuja algo parecido a una sonrisa. Las primeras noches en casa no son tan malas; Z está agotado, pero la emoción de contemplar a esa criatura le hace ver todo más positivamente. A medida que pasa el tiempo, sin embargo, los continuos llantos del bebé se hacen ya intolerables. Z intenta retomar la escritura de su novela (a la que califica como «la única novela histórica sin personajes históricos»), pero fracasa de la manera más absoluta: los llantos y la falta de sueño hacen, como había supuesto, que la empresa sea imposible. Piensa entonces que tal vez sea mejor regresar a la poesía, un género que —según su opinión— no demanda ni el tiempo ni el trabajo constante de la narrativa. Un domingo en que su esposa sale de la casa a dictar clases particulares de francés, siente —mientras carga al bebé— que está a punto de crear un poema: ese cosquilleo en la garganta ya lo ha experimentado antes. No lo tiene del todo claro, pero hay palabras como *gris* y *mar* y *saetas*, y el verso *espejo del cielo*. Intenta crear el poema en su mente (no puede evitar en ese momento sentirse un personaje de Borges), pero le resulta imposible: las palabras se le escapan por la ventana como mariposas o humo de cigarro. Decidido, deja al bebé en su cuna, cierra la puerta del cuarto y se sienta en la mesa del comedor a escribir el poema. Antes de terminar el primer verso, el llanto atraviesa el aire y entra a los oídos de Z destruyendo palabras e imágenes. No puede escribir nada, todo intento es inútil. Pasan diez, veinte minutos, y de pronto se hace el silencio. Z asume que el bebé, cansado de llorar, finalmente se ha dormido, y retoma con optimismo la escritura. Está a punto de crear una metáfora genial, cuando de pronto la fuerza de un nuevo llanto rompe las palabras, que caen sin hacer ruido sobre el piso de madera. Z lanza un grito de rabia, de impotencia, y estrella el lapicero contra la pared de cemento.

Cuando Z despertó, el llanto todavía estaba ahí.

Cordón

En ese momento los médicos le preguntaron a mi esposo si quería cortar el cordón umbilical y él, pálido y temblando, respondió que sí. Pese al cansancio y los dolores (me había resistido terminantemente a la epidural) alcé mi voz de protesta: de ninguna manera ese inútil que no sabía ni cómo empaquetar un regalo iba a cortar el cordón umbilical a mi hijo. Primero muerta. Era algo que no podía permitir.

Mi esposo insistía, pero yo me mantuve inflexible, como debía ser. La discusión llegó a niveles insospechados. Empezaron a volar jeringas, botellas de suero, frascos de pastillas, recipientes de metal en forma de riñón.

Fue tal el alboroto que armamos, que los médicos abandonaron la sala de partos. Poco tiempo después (bajo una lluvia de instrumental quirúrgico) salió mi esposo sumamente indignado diciendo que ahí se acababa todo, que no pensaba regresar conmigo, que estaba harto de mi carácter y mis comentarios tan hirientes.

No me importó. El bebé estaba sobre mí descansando después de ese viaje tan corto y tan difícil. Su corazón latía contra el mío, como si fuera uno solo. Sentir su respiración tan cerca fue la felicidad acabada de nacer. Ahí, acariciando esa cadena de carne que todavía lo ataba a mí, supe que quería estar siempre unida a mi hijo, que iba a evitar a toda costa esa primera separación.

Los doctores regresaron con toda la intención de cortar el cordón umbilical. La tijera estaba ahí, enorme y plateada debajo de mis ojos.

—Si lo haces te vas a arrepentir por el resto de tu vida —le dije a

un médico joven que se disponía a separarnos para siempre. Mi mirada fue más fuerte que su determinación: dejó la tijera sobre la mesa y abandonó la sala de partos, seguido por doctores y enfermeras que evitaron mirarme a los ojos.

Tengo que reconocer que al comienzo fue un poco complicado tener al bebé tan cerca. Las tareas más simples (bañarme, cocinar, lavarme los dientes) resultaban un tanto difíciles, pero poco a poco me fui acostumbrando. Incluso con el paso de los meses me di cuenta de que el cordón umbilical representaba en realidad una gran ventaja: por ejemplo, no había riesgo de que el bebé se cayera de la cama cuando dormíamos, porque estaba irremediablemente unido a mí.

Cuando mi hijo empezó a dar sus primeros pasos, el cordón fue muy útil dado que evitaba que se cayera al duro piso de parquet; cuando empezó a correr (¡y cómo corría ese niño!), impedía un rápido escape hacia las pistas.

Sus juegos fueron mis juegos: nos tirábamos juntos del tobogán, nos columpiábamos hasta casi tocar el cielo con nuestros pies, corríamos sin cansarnos detrás de una pelota. Aunque estábamos unidos (o precisamente por eso) la diversión y la felicidad eran frutas maduras en nuestras manos.

Después de tantos meses de juegos, llegó el día en que mi hijo tenía que entrar al pre kínder: gracias a mi presencia inevitable, no lloró ni se sintió incómodo al verse rodeado de tantos niños. Cantábamos el abecedario, hacíamos ruidos de animales y torres de legos altísimas que se terminaban cayendo y pintando de colores el piso de la clase.

Ir al colegio con él fue muy importante, porque de esa manera recordaba lo aprendido y podía ayudarlo con las tareas: sentada a su costado tomaba notas, hacía preguntas, me aseguraba de haberlo entendido todo. En los recreos jugábamos al fútbol, y poniéndose el cordón como si fuese una correa, miraba hacia adelante para cabecear o enviar un centro perfecto al área.

Después fue lo de los amigos, los verdaderos amigos. Yo (no podía ser de otra manera) iba al cine con ellos, al *bowling*, a tirar terrones al

parque. Cuando hablaban de cosas íntimas, me ponía tapones en los oídos y sacaba una revista o me ponía a tejer.

Tenía (a diferencia de otras madres) la suerte de ver a mi hijo en todo momento: sabía con quién salía, a qué hora llegaba, todo lo que hacía y dejaba de hacer.

Si bien siempre disfruté del tiempo que pasábamos juntos, fue todavía mejor cuando entró a la universidad: él decidió estudiar Literatura, la carrera a la que tuve que renunciar por oposición de mis padres. Aprendí mucho sobre Dante y literatura medieval, mucho sobre el surrealismo y el teatro del absurdo.

Llegó el día —inevitable— en que mi hijo empezó a salir con una chica. Fuimos al cine, al Museo de Arte, a varios recitales de poesía. Vi (mientras me hacía la dormida) su primer beso, justo en el momento en el que Hitchcock aparecía en una de sus películas como un fantasma o un extra cualquiera.

Mi hijo, que nunca había cuestionado nuestra especial relación, ha empezado a quejarse de ese cordón que nos ha atado desde siempre, de que esté ahí (haciéndome la dormida) mientras él cubre con su cuerpo desnudo a esa chica de veinte años y ojos color granadilla.

Hace dos días que lo veo afilando una tijera.

Esas galletas

Mi nombre es Adrián Pasos, soy economista, me gusta la comida china, y hace cuatro años trabajo en el Banco Mundial.

Mal comienzo. Parece un *profile* de www.match.com o alguno de esos sitios de Internet para encontrar pareja, a los que —debo confesar— me he suscrito sin resultado alguno. Pero por algún lado tengo que empezar, y esa información es importante para que se entienda lo que me ha pasado, lo que me está pasando.

Todos los viernes iba a almorzar a un restaurante chino de la *G Street*; a veces solo, a veces con algunos compañeros de trabajo. El *Crispy Beef* y especialmente el *General Tso's Chicken* eran unos platos espectaculares, que combinaban perfectamente con el *Fried rice* de pollo que venía con la cantidad precisa de salsa de soya.

Para mí, el clímax de la comida era cuando llegaba la infaltable galleta de la fortuna: mensajes dulces en inglés que me decían que mi familia me quería mucho, que era una persona muy sociable, que con mucho esfuerzo podía lograr todos los objetivos que me trazara en la vida. Leer los mensajes de esas galletas era muy divertido, en especial cuando me encontraba con frases como HOY EL SOL VA A BRILLAR CON FUERZA, en un día de tormenta y con amenaza de tornado en las partes alejadas de la ciudad.

Durante casi cuatro años fui todos los viernes a ese mismo restaurante chino, simplemente porque la comida me gustaba y no sentía la necesidad de probar los platos de otro establecimiento, cuando el *Chinese Garden* me satisfacía plenamente. Soy un poco

rutinario y no me gustan los cambios: así se lo hice saber a Erika y a Becky y a Ginny y a Pamela en un *speed date*, del cual salí más solo que nunca, casi sin esperanzas.

Pero un viernes a la hora del almuerzo todo cambió. Pedí lo de siempre: un *Crispy Beef* y el famoso *General Tso's Chicken*, que venía con un acompañamiento de vegetales supuestamente frescos. El sabor era totalmente diferente a lo que hasta ese momento había comido; resultaba obvio que habían cambiado al cocinero. No me gustó nada la textura, ni el sabor, ni la cantidad de sal que le habían puesto a mi plato. La galleta de la fortuna decía: ES HORA DE HACER UN CAMBIO. Por primera vez estuve de acuerdo.

El viernes de la semana siguiente preferí ir a un restaurante chino en la *H Street* que hacía tiempo me habían recomendado: la comida resultó bastante decente, aunque las porciones eran un poco más pequeñas que en el *Chinese Garden*. Estaba ahí, solo, comiendo en una mesa de plástico, bajo la pintura de un dragón con cara de pocos amigos. Después de pagar la cuenta, abrí la galleta de la suerte: VAS A ASCENDER EN EL TRABAJO, decía el mensaje. Por supuesto, no le di ninguna importancia al texto, y regresé al Banco pensando en los últimos detalles del informe financiero que tenía que presentar esa misma tarde.

Después de un fin de semana bastante tranquilo, regresé el lunes al trabajo. Me disponía a revisar unos documentos, cuando la secretaria de mi jefe me llamó por teléfono para decirme que el señor Novak quería reunirse conmigo a la brevedad posible. Después de ponerme el saco que había colgado en la silla, me dirigí rápidamente a su oficina, un poco preocupado por la urgencia de la reunión. ¿Habría alguna falla en el informe que había presentado el viernes?

—Pasa, Adrián, toma asiento —me dijo Novak desde su escritorio con una carpeta en la mano—. Excelente el informe, como siempre. Sé que tienes mucho trabajo que hacer, así que iré directo al grano: has estado ya cuatro años con nosotros y tu desempeño ha sido muy bueno, por lo que hemos decidido darte un trabajo de mayor responsabilidad. Vas a reemplazar a Víctor Pereyra, quien como ya

debes saber nos abandona para irse al FMI. A comienzos del próximo mes te mudas a su oficina, si es que aceptas el cargo, por supuesto.

Nadie en su sano juicio se hubiera negado a aceptar ese puesto, no solo por el dinero (el sueldo era prácticamente el doble al que entonces recibía), sino también por el reto que implicaba tener a mi cargo a un equipo de trabajo. Le agradecí repetidas veces, y regresé a mi oficina con una sonrisa de triunfo.

No fue sino hasta la noche, cuando llamé a mis familiares para contarles la buena noticia, que relacioné lo que me había pasado con el mensaje de la galleta: pero qué, una coincidencia nada más. Lo mismo pensé cuando el viernes de esa semana el mensaje era MUY PRONTO HARÁS UN VIAJE, y el lunes me comunicaron que debía ir a Asunción para reunirme con unos funcionarios del Banco Central de Paraguay. No era nada raro que, dado el puesto que tenía, viajara constantemente por motivos de trabajo, así que el mensaje no anunciaba nada fuera de lo común.

Más extraño fue cuando después de unos días, el texto que estaba dentro de la galleta predecía que iba a tener un pequeño accidente, porque ese sábado, mientras corría cerca al Cementerio de Arlington, choqué con una ciclista un tanto distraída: ninguno de los dos salió seriamente lastimado, aunque no pude caminar del todo bien por algunas semanas.

El viernes siguiente comí el *Crispy Beef* casi sin disfrutarlo, esperando que la mesera trajera la cuenta con la consabida galleta. El mensaje decía: EL DOMINGO TE VAN A OPERAR. Regresé al Banco casi temblando. No podía concentrarme en el informe que tenía que presentar el lunes, porque la predicción era demasiado precisa y obviamente tenía temor de que se cumpliera. Traté de convencerme de que todo esto tenía una explicación lógica, de que las coincidencias a veces ocurrían; total yo era un economista y no podía caer en el juego de la superstición. Más calmado, regresé a casa, y mientras veía el noticiero de la CNN empecé a sentir un dolor insoportable en la espalda: era como si me estuvieran clavando un cuchillo a la altura del riñón. El dolor era tan fuerte que en un momento, por la

desesperación, di varios cabezazos contra la pared de *drywall* que se rompió al primer golpe. Cuando llegó la ambulancia, yo estaba vomitando sobre la alfombra.

El domingo me operaron de cálculos al riñón en el *Georgetown University Hospital*. Un compañero del trabajo me llamó por teléfono para decirme que iba a ir a verme, y yo le pedí que me llevara un *General Tso's Chicken* del restaurante de la *H Street*, argumentando que la comida del Hospital era verdaderamente horrenda. El mensaje de la galleta decía: VAS A RECIBIR LA VISITA DE UN FAMILIAR. Pese a que yo les había pedido a mis amigos que no le avisaran a nadie de mi familia, mi mamá llegó al día siguiente, muy preocupada por mi operación, trayéndome sonrisas y chocolates de La Ibérica. En ese momento pensé que las casualidades tenían un límite.

Una vez que me hube recuperado, fui al restaurante chino — haciéndome pasar por el Jefe de Producción de una agencia de Marketing Directo que iba a hacer una campaña promocional usando galletas de la fortuna— para que me dieran el nombre de su proveedor. Fue más fácil de lo que pensé: la distribuidora quedaba a pocas calles de ahí.

Cuando me disponía a tocar el timbre, me abrió la puerta un chino de barba blanca y larguísima que parecía tener la edad de un árbol antiguo. Antes de que le dijera nada, me invitó a pasar. El interior era un caos: estantes llenos de Budas y dragones y gatos de loza con la pata en alto, como saludando a la clientela. A un lado, un chino relativamente joven pintaba cangrejos con tinta negra sobre un papel de arroz.

—Yo no pinto cangrejos —me dijo sin dirigirme la mirada—. Yo pinto conceptos.

Manteniendo mi falsa identidad, le pregunté al dueño del negocio sobre las galletas de la fortuna: de dónde las traían, y especialmente si sabía quién escribía los mensajes. A la primera pregunta me respondió que de China, específicamente de la provincia de Sichuan; la segunda no la supo —o no quiso— responder directamente: sus palabras tejieron una imagen sobre la arena y las huellas de los

hombres y el mar que lo borraba todo.

Mi investigación sobre el caso terminó ahí; evidentemente, no podía ir a la China a seguir el rastro de las galletas: nunca pude aprender el idioma, y tampoco tenía tiempo para hacer un viaje tan largo. Decidí no regresar al restaurante para evitar encontrarme con mi futuro impreso en el interior de una galleta: la ignorancia era preferible a la certidumbre.

Sin embargo, después de unas semanas de reflexión, volví al restaurante con la esperanza de que esta vez el mensaje estuviera equivocado, de que al final todo hubiera sido nada más que una extrañísima coincidencia. Cuando abrí la galleta, una sonrisa se dibujó en mi rostro. El mensaje decía: HOY TU ESPOSA TE VA A DECIR QUE ESTÁ EMBARAZADA. El alivio que sentí no puedo expresarlo con palabras. Era obvio que el texto estaba equivocado, en primer lugar porque en ese momento era soltero, y segundo porque era imposible que hubiera concebido un hijo, por la sencilla razón de que la última vez que había tenido una relación sexual —no me avergüenza confesarlo— había sido hacía más de un año, en unas vacaciones en Cancún, con una alemana cuarentona que me obligó a usar varias capas de preservativos.

Regresar a mi lógica occidental fue más que reconfortante. El caso había sido extraño, sí, pero al final todo había tenido una explicación perfectamente racional: una rara coincidencia. Las posibilidades de que alguien gane la lotería de Virginia o D.C. son aproximadamente una en cien millones, pero cada cierto tiempo hay felices ganadores que se llevan el premio mayor: igual lógica se podía aplicar a lo que me había ocurrido.

Pensando en todo esto, abrí la puerta de mi departamento. Mi desconcierto fue grande al notar que la disposición de los muebles estaba totalmente cambiada, y que de las paredes colgaban cuadros y fotos que no recordaba haber visto nunca antes. Sin embargo, la confusión fue bastante mayor cuando se lanzó a mis brazos una mujer rubia y feliz —puedo jurar que era la primera vez que la veía— diciéndome que el hijo que habíamos buscado por tanto tiempo

estaba en camino, que ella lo sospechaba desde hacía varios días, pero quería tener la confirmación del médico para decírmelo, que había que abrir la botella de Moët & Chandon para celebrar el acontecimiento. No recordaba haber comprado ningún champán (no acostumbro tomar alcohol), pero aún así abrí la refrigeradora, sabiendo de antemano que ahí iba a estar la botella. Serví dos copas, tomé la mía de un sorbo, y salí hacia el balcón (donde ahora había una mesa de fierro y varias macetas con helechos) calculando la distancia que había desde el octavo piso hasta el pavimento.

Fútbol

Desde los veinte hasta los cincuenta y cinco años mi bisabuelo fue chofer del tranvía de Lima, pero su verdadera vocación era el fútbol: después de cumplir con su trabajo, invariablemente jugaba una pichanguita con sus amigos del barrio, llegando a su casa lleno de historias y moretones.

Mi abuelo (al que le decíamos «Engañalasetas» por su particular manera de caminar), entró a los nueve años a las divisiones inferiores del Sport Boys, equipo donde jugó profesionalmente hasta que una lesión en la pierna lo alejó definitivamente de las canchas. Todos los domingos después del almuerzo, reunía a sus nietos para enseñarnos unos periódicos viejísimos con fotos en blanco y negro en las que aparecía él cabeceando o pateando una pelota apenas visible.

Mi padre ganó no sé cuántos campeonatos de fútbol en el colegio (exhibía todos sus trofeos en la sala de la casa), y a los catorce entró a prueba al Club Universitario de Deportes. Fue uno de los mejores. Después de dos años y algunos goles, pasó al primer equipo, donde destacó por su habilidad en los pases y en quebrarle la cintura a los jugadores contrarios. Según los periódicos de la época, era el mediocampista con mayor proyección internacional. Estuvo a punto de irse a jugar a Europa, pero por ese entonces se acababa de casar con mi madre y ella fue inflexible: no quería salir de esa quinta, de ese barrio, de Miraflores, de Lima, del Perú.

No le fue mal a mi padre, pero le pudo haber ido mejor. Jugó toda su vida en la U, y un par de veces fue llamado a la selección nacional,

donde (sin contar los quince minutos que jugó contra Colombia en una Copa América y el medio tiempo contra Chile en un partido amistoso) estuvo siempre en la banca de suplentes.

Mi primer recuerdo (tendría tres o cuatro años) es estar en un estadio viendo a mi padre correr con una camiseta crema detrás de una pelota, algo que la verdad me pareció intrascendente. Si recuerdo ese momento es porque me impresionó que hubiera un sitio llamado *estadio* donde podía caber tantísima gente.

El primer regalo que me dio mi padre por Navidad (el primero que puedo recordar, al menos) fue una pelota de fútbol. Y después otra y otra más. El quería que su hijo compartiera su amor por ese deporte: me regalaba libros sobre los Mundiales, videos con los mejores partidos, afiches de los jugadores que hicieron historia en Europa y Sudamérica. Pero contrario a lo que mi padre esperaba, ninguno de esos regalos me producía el menor interés.

La frustración de mi padre era comprensible y absoluta. Los lunes por la tarde me llevaba al parque para enseñarme *el arte del fútbol* (así le decía, muy respetuosamente), pero yo, pese a que a veces me esforzaba, no daba pie con bola. Los tiros me salían o muy chuecos o muy débiles, los cabezazos eran casi tan imposibles como el álgebra o la geometría.

Lo que a mí me gustaba eran los libros: *Sandokán*, *El Corsario Negro*, *La isla del tesoro*. Me podía pasar horas leyendo los libros de aventuras que sacaba de la biblioteca del colegio. Y escribía poemas y cuentos que yo mismo ilustraba.

—Este no parece mi hijo —decía mi padre cuando me veía en el sillón de la sala, más atento al libro de Salgari que al programa deportivo de los domingos.

—Este no es mi hijo, carajo —decía cuando llegaba borracho después de que su equipo había logrado alguna victoria—. Míralo, nada más: es medio morochito, y esos ojos no son los míos, y no tiene la nariz ganchuda que tengo yo. ¡Y el fútbol, a este no le gusta el fútbol! Eso se lleva en la sangre, carajo. ¡Este no es mi hijo!

Probablemente otro niño en mi situación hubiera necesitado un

psicólogo, pero no era mi caso. Yo siempre había fantaseado con la idea de que era adoptado, o de que mi madre había tenido un encuentro secreto y pasional con un escritor o por lo menos con un crítico literario.

Fueron años difíciles, muy difíciles. Crecí entre gritos y golpes y golpes. Al final mis padres se divorciaron: ella no salió de la quinta, pero yo me fui a París, y escribí como nunca y trabajé como nunca, y me casé con una mujer tan bella como el mediodía. Y entonces llegó Sebastián para sumar más belleza a la belleza.

Yo quería que a mi hijo le gustara la literatura: desde que tenía dos años le leía *El Quijote* en edición bilingüe, *El Principito* en casi todos los idiomas. Sus regalos de santo siempre eran libros: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Viaje al centro de la tierra*, *El Corsario Negro*. Pero a él no le interesaba nada de eso: rompía las páginas y todos los afiches de Vallejo y Neruda que le regalábamos, destrozaba los cuadernos que le dábamos continuamente con la esperanza de que escribiera en ellos un cuento o un poema o lo que fuese.

Con todos esos papeles, usando cinta Scotch, lograba armar una pelota de fútbol.

Incendio

Como todos los días, entro a la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales del Hospital de Santo Espiritu. Las enfermeras me saludan con una sonrisa o un movimiento de cabeza: me gusta pensar que soy una de ellas, con su juventud y sus mandiles blancos que ciñen esos cuerpos tan perfectos y llenos de vida, esos rostros sin arrugas donde a veces se dibuja una lágrima o una sonrisa.

Mi nombre no tiene importancia. Si quieren pueden llamarme «La vieja», «La loca», «La momia de Santo Espiritu», como algunas veces he podido escuchar que se refieren a mí en los pasillos del Hospital. Tengo sesenta y cinco años, y estoy más sola que una higuera en un campo de golf, como dijo algún poeta, o más sola que una palabra en diálogo de mudos, como diría yo, o más sola que tenedor en comida japonesa, como diría Gabriela, mi hija, que hace cinco años se fue a Estados Unidos y no piensa regresar.

Algo sé de bebés prematuros, porque Gabriela nació a los siete meses: era muy pequeña, muy pequeñita, casi cabía en la palma de mi mano. Estuvo un tiempo en la incubadora, hasta que finalmente, después de dos semanas, pudo llegar al departamento donde la esperábamos con globos y serpentinas y un amor que se respiraba en todo el edificio, en cada hora sin dormir, en el recuerdo de esas noches de besos distantes y abrazos imposibles.

Gabriela fue creciendo hasta alcanzar el tamaño del mundo. Ella era el mundo, y sus ojos alumbraban de verde el horizonte. No me importó por eso que un día de diciembre, poco antes de celebrar la

Navidad, mi esposo se fuera a buscar otra ciudad y otro cuerpo: Gabriela existía, Gabriela estaba, Gabriela era. Eso era todo lo que podía importar.

Gabriela creció como una enredadera en mi piel. Pero con los años ella misma empezó a cortar las raíces. Y se fue de la casa. Y se casó. Y cuando salió embarazada decidió irse a Estados Unidos para que su hija tuviera más oportunidades de las que ella había tenido.

Sofía nació antes de los ocho meses en un hospital de Nueva York. Estuvo varias semanas en la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales, pero felizmente no tuvo mayores complicaciones. La primera foto que vi de mi nieta fue cuando salió del hospital: un gorrito blanco con líneas celestes y rosadas que coronaba la mayor de las bellezas.

Ahora Sofía tiene cuatro años y dice algunas palabras en español cuando hablamos por teléfono. Es difícil estar lejos: nunca la he tocado, nunca la he tenido en mis brazos. Pero sueño con ella y con Gabriela, y me imagino que estamos todas juntas, como en una gran foto familiar.

Mi trabajo de voluntariado en el Hospital de Santo Espiritu no es complicado: cambiar pañales, darles leche a los bebés a través de una sonda, ponerlos en mi pecho para que sientan mi calor. El calor de este cuerpo viejo y flaco que se va empequeñeciendo cada vez más.

Algunos padres me adoran: me ven como un ángel que cuida y les da cariño a sus hijos. Me ven como una mujer que ha sacrificado todo para entregar su vida al cuidado de los bebés prematuros. Tengo tarjetas y cartas de agradecimiento, incluso un diploma del Hospital de Santo Espiritu que reconoce mi entrega y dedicación.

Pero yo no me engaño. Si estoy aquí es porque necesito la compañía de esos bebés que se pegan a mi cuerpo como una enredadera de luz. Y cuando cierro los ojos casi puedo sentir en mi pecho a Gabriela y Sofía. Y estamos todas juntas y somos un incendio. Y ese calor me completa.

Irak

Cuando nació, mi hija trajo toda la felicidad a la casa. Y los gritos. Y los llantos. Y las horas de sueño imposibles de recuperar.

Las noches perdieron su característica principal de ser la parte del día destinada al descanso. Era imposible dormir: Camila se despertaba llorando cada media hora porque quería su leche, o porque se le había caído el chupón, o porque se había orinado, o porque había tenido una pesadilla, o por quién podía saber qué. Además, no era fácil hacer que se volviera a dormir: teníamos que bailar con ella los ritmos más extravagantes por casi veinte minutos para que se durmiera por completo. Aunque me turnaba el trabajo con mi esposa, al día siguiente terminaba agotado, un muerto en vida que tomaba litros y litros de café.

Mi trabajo de periodista se vio seriamente afectado. Me quedaba dormido frente a la computadora, entregaba tarde los trabajos, la sintaxis se me volvía un nudo.

Pero pese a todo era feliz: ver sonreír a mi hija hacía que todo valiera la pena.

El 20 de marzo del 2003, por razones que incluso entonces eran absurdas, Estados Unidos invadió Irak. El periódico en el que trabajaba decidió enviar un corresponsal a la zona de guerra; se pidieron voluntarios, pero naturalmente nadie quiso aceptar. Días después, el editor me llamó a su oficina para decirme que yo era el elegido:

—Tú sabes que no has estado haciendo bien las cosas, así que o te vas a Irak o te buscas otro trabajo.

No me quedó más remedio que aceptar: mi esposa había renunciado a su puesto de diseñadora para dedicarse durante el día a Camila, y no podíamos darnos el lujo de perder el único ingreso que nos quedaba.

—Son solo dos meses —trataba de convencerme el editor—. Vas a ver que se pasan más rápido de lo que piensas.

Dos meses en los que no iba a ver a mi esposa ni a la bebé. Dos meses en los que mi vida iba a estar en constante peligro.

Ahí estaba yo en Irak, el voluntario obligado entre la furia de las armas.

Durante el día, recorría las calles con una patrulla de reconocimiento; por las noches, encerrado en mi cuarto de hotel, podía escuchar las bombas, los disparos, las sirenas.

Desde el nacimiento de mi hija, nunca había podido dormir tan bien.

Magia

Como todos los sábados por la mañana, el hechicero sale de su casa y se dirige al mercado para comprar ancas de rana, pelos de murciélago, antenas de caracol y demás ingredientes necesarios para sus brebajes mágicos. Aunque la despensa esté llena, igual sale al mercado a pasear y conversar con los vendedores, porque ese es el acuerdo al que llegó con su esposa: los sábados de nueve de la mañana a doce del día, ella se queda en casa para recibir a su amante de turno.

El hechicero había terminado aceptando ese humillante acuerdo, porque sabía que él era el culpable de todo. Se había arrepentido una y mil veces de las causas que habían llevado a esa situación, pero su arrepentimiento no iba a cambiar las cosas, eso lo tenía muy claro.

Hacía cinco años (después de experimentar por meses con diversas pociones) que su esposa había salido embarazada. El hechicero estaba feliz, porque finalmente iba a tener a un hijo al cual enseñarle su secreta sabiduría: pócimas para el amor, conjuros para convertir en alimañas a los enemigos, brebajes para curar el mal de ojo. Sin embargo, la felicidad se tornó en profunda tristeza cuando su esposa dio a luz no a un varón, sino a una graciosa mujercita.

El hechicero consultó sus libros de magia, y encontró diversos conjuros para cambiar el sexo de los bebés: en un volumen de magia blanca se detallaban algunos métodos para transformar a un bebé hembra en uno macho; en el de magia negra, por supuesto, el proceso inverso.

Una noche en que su esposa dormía profundamente (gracias a un brebaje hecho a base de valeriana y alas de mosca que le había dado antes de ir a la cama), el hechicero llevó a su hija al sótano, donde tenía su cuarto de trabajo. La colocó con la cabeza en dirección al norte sobre una mesa de madera, repitió unas frases en latín y otras en sánscrito, y arrojó sobre su hija el contenido de un recipiente de piedra, que al hacer contacto con su cuerpo produjo una gran cantidad de humo. Cuando este se disipó, sobre la mesa de madera no había nada más que la ropa tejida de su hija, y dentro de esta, tan solo una aceituna.

Como es lógico, cuando su esposa se dio cuenta de lo sucedido, se enfadó terriblemente y amenazó con abandonarlo si no le devolvía a su hija. El hechicero le respondió que no se preocupara, que consultaría sus libros de magia hasta dar con el conjuro adecuado, y en cuestión de horas tendría a su hija de vuelta.

Lamentablemente, todos los intentos del hechicero fueron fallidos: cuando el humo se disipaba, la aceituna permanecía en su condición vegetal. Tras aceptar su fracaso y colocar el fruto en un recipiente con vinagre, le pidió sinceras disculpas a su esposa diciéndole que se había equivocado terriblemente, pero que podrían tener un segundo hijo: esta vez le prometía que si les tocaba una niña, no iba a hacer nada para cambiar el sexo.

Pese a los brebajes que tomaba la esposa (los cuales habían estado expuestos durante veintiocho días a la luz de la luna), no pudo salir embarazada. La situación empeoró cuando ya sea por la edad o las constantes preocupaciones, el hechicero perdió la potencia sexual. De nada sirvieron los bebedizos hechos con piel de culebra, genitales de conejo y cuernos de toro; inútiles también las sensuales caricias de su mujer.

Finalmente la esposa perdió la paciencia. Le dijo que ella siempre había querido una hija (o un hijo, le daba francamente lo mismo), y que él se la había arrebatado de la manera más estúpida posible y ahora no era capaz de darle otra criatura. Tenía —le dijo la mujer— dos opciones: o se separaban para siempre, o aceptaba que ella

tuviera relaciones con otros hombres para poder salir embarazada. La decisión no fue fácil, pero como el hechicero quería mucho a su esposa y sabía que él era el culpable de la situación, terminó aceptando el humillante acuerdo: una vez por semana él saldría de la casa por tres horas, durante las cuales la mujer se encamaría con quien le viniera en gana.

Durante casi tres años, el hechicero ha cumplido al pie de la letra el acuerdo establecido, pero ya le parece un poco raro que pese al tiempo que ha pasado, su mujer no salga embarazada. Por eso es que hoy ha decidido regresar a casa a las once de la mañana, no sabe con qué intención.

Sin hacer ruido, abre la puerta y se dirige a su habitación. Ahí ve (sin ser visto) a su mujer gimiendo debajo de un hombre bastante musculoso de unos dos metros de estatura. Le sorprende ver la cara de su mujer: es de una felicidad que no le ha visto nunca.

La rabia le lacera el hígado. Está extremadamente molesto, porque la idea de que su esposa se acostara con otros hombres era solo para poder concebir a un hijo, no para disfrutar del sexo, lo que por otra parte (según la ley natural) no es apropiado en el género femenino.

Resuelto a acabar con esta relación, el hechicero baja a su cuarto de trabajo con la idea de transformar a la pareja de amantes en dos insectos, o mejor: en dos aceitunas. Relee libros, practica conjuros, mezcla ingredientes en un vaso de piedra. Una vez que está listo, sube las escaleras, entra al cuarto, y después de repetir unas palabras en sánscrito y otras en latín, arroja el contenido del vaso sobre la pareja de amantes, lo que produce una enorme cantidad de humo que llena la habitación. Cuando este se disipa, no ve dos insectos ni dos aceitunas, sino a su mujer gimiendo ahora sobre el musculoso hombre de dos metros. El hechicero duda unos segundos, pero no, sería imposible que su esposa practicara ese tipo de posiciones en el acto sexual, por algo ha estado casado con ella durante tantos años. La explicación lo reconforta: el hechizo estuvo errado. Quiso convertir a dos personas en dos insectos (o en dos aceitunas), pero lo que en realidad hizo fue cambiar el sexo de los amantes: el hombre que

estaba encima, ahora era mujer y viceversa. Su magia —pensó— era en realidad poderosa.

Feliz por este descubrimiento, y confiando otra vez en sí mismo, el hechicero baja a su cuarto de trabajo a elaborar diversos brebajes para curar el insomnio y el mal de ojo, mientras la pareja continúa amándose hasta bien entrada la noche.

Lo que sigue ocurrió en el siglo XII de nuestro Señor

Los Duques de Tierra Negra vivían en un palacio de veintiocho habitaciones, desde las cuales se veía, según la ubicación, las montañas de Natividad o el río Dómine. La vida de los duques era bastante placentera: él se dedicaba a la cetrería y a la caza; ella a aumentar su belleza con polvos y cremas traídas de Oriente.

A medida que los años pasaban, la felicidad fue menguando hasta la ausencia: los niños que iban a llenar las habitaciones del palacio nunca llegaron, y todo hacía pensar que nunca iban a llegar. Nubes de tristeza cubrían el palacio.

Después de discutirlo toda una noche, los duques decidieron ir en peregrinación hasta la ermita de la Virgen de la Flor, conocida por sus milagros reproductivos. No era un viaje fácil: innumerables leguas por tierra y otras tantas por un mar donde bullían peligros y oscuridades.

Sobre lomos de caballos que terminaron muriendo de sed, los duques llegaron al puerto de Anunciación. Ahí se embarcaron hacia el Este, rezando para que los enemigos de la fe no salieran a su encuentro para despojarlos de sus posesiones y matarlos o venderlos como esclavos. Cinco o seis días después, tras un viaje en el que fueron protegidos por la mano del Señor, llegaron sin mayores contratiempos al puerto de El Dum. La ermita de la Virgen de la Flor estaba a tiro de piedra.

—Señora, Madre, Virgen que todo lo puedes —empezó a rezar el duque en voz alta—: apiádate de nosotros. Arrodillados te pedimos que nos des un hijo que herede nuestra sangre y nuestro nombre, un hijo que con su sonrisa desgarré toda nube de tristeza, un hijo que corra por nuestro palacio como el viento del Norte. Si nos concedes lo que tan humildemente te pedimos, regresaremos hasta aquí con nuestro hijo para hincarnos frente a tus pies y entregarte nuestras mayores riquezas.

Tres días más tarde, emprendieron el retorno hacia Tierra Negra. Sobre caballos heridos por la sed, el hambre y el cansancio, los duques vieron su palacio, entre el rumor del río y unas montañas que se perdían entre las nubes.

El día que la duquesa supo que estaba embarazada, rezó durante tres horas seguidas agradeciendo el milagro concedido. Hubo música, bailes, bufones. Por primera vez en mucho tiempo, se vivía en el palacio un ambiente de fiesta.

Floriana nació en primavera, una tarde de vientos suaves y nubes blanquísimas como ángeles o azucenas. La felicidad de los duques no conocía límites: él posponía sus salidas de cacería para quedarse en el palacio, ella no se cansaba de contemplar a esa criatura tan pequeña y hermosa. Fueron meses de luz y de sonrisas.

Todo cambió, sin embargo, a medida que la hija de los duques fue creciendo. Los llantos se hicieron cada vez más frecuentes, los gritos cada vez más insoportables. Pero era en especial el comportamiento de la niña lo que causaba mayor preocupación en los duques: Floriana mordía, pateaba y pellizcaba al primero que se le cruzara por delante.

La situación no mejoró con el pasar de los años. A sus agresiones y ataques de llanto, se añadieron las más singulares exigencias: casas de muñecas de Flandes, zapatos de Venecia, vestidos de Florencia. Si sus caprichos no eran satisfechos de manera inmediata, los gritos y pataletas no se hacían esperar.

Una noche en que el duque estuvo a punto de lanzarse por la ventana más alta del palacio, pensó que tal vez el comportamiento de su hija era un castigo por no haber cumplido con la promesa de

regresar a la ermita de la Virgen de la Flor. Una semana más tarde, la familia y algunos fieles sirvientes se enrumbaban hacia ese lejano destino.

El camino era largo, pero esa no era la mayor preocupación de los duques. Durante días enteros, los viandantes veían pasar asombrados un carruaje de donde salían —con una voz infantil— los gritos y los improperios más fuertes, y se persignaban pensando que ahí viajaba una encarnación del Maligno.

El viaje en barco no fue más llevadero: Floriana continuó con sus llantos y ataques de rabia. La desesperación del duque era absoluta. En esta ocasión no rezó para evitar un fatal encuentro con los enemigos de la fe: un alfanje cortándole la cabeza no podía ser peor que los alaridos de su hija penetrándole con furia los oídos. Pero el Señor guiaba el viaje, y pudieron llegar incólumes a la ermita de la Virgen de la Flor.

—Señora, Madre, Virgen milagrosa —rezó el duque de rodillas mirando la imagen de madera ricamente vestida—: hace ocho años te pedimos que mi esposa pudiera concebir, y tuviste a bien concedernos nuestro deseo. Prometimos regresar para agradecerte y entregarte nuestras mayores riquezas, y aquí estamos: en el puerto hay un barco con baúles llenos de oro y perlas y diamantes. Pero, Señora, Madre, Virgen que todo lo puedes: qué son estos bienes materiales, frente a nuestra hermosa hija Floriana, sin duda nuestra mayor riqueza. Te la entregamos, Señora, para que te sirva con toda la gracia de sus años mozos.

Los duques se alejaron con bastante prisa de la ermita, escuchando cada vez menos los llantos y gritos de su hija. Uno de los sirvientes (que tenía pretensiones de poeta) contó tiempo después que sus señores eran en ese momento *dos sonrisas que corrían*.

De los duques se supo que vivieron plácidamente por el resto de sus vidas, envueltos entre el silencio de la tarde y la música de las fiestas.

De Floriana no se supo más.

Chupones

Cuando Joaquín cumplió dos años decidimos que ya era tiempo de que dejara el chupón. Sabíamos que no iba a ser fácil, porque la dependencia que había desarrollado hacia esos objetos era absoluta: si no tenía dos chupones (uno en la boca, otro en la mano), la casa se convertía en un laberinto de gritos y de llantos.

Todos los intentos por quitarle el chupón terminaron en fracasos. Lo peor fue cuando estuvo una noche entera sin él: nadie (ni siquiera los vecinos) pudo dormir en esas horas terribles que recordaremos para siempre. A las cinco de la mañana, conscientes de nuestra derrota y de sus consecuencias, decidimos darle los chupones como el general vencido que entrega la espada después de la batalla.

—No hay nada de qué preocuparse —nos dijo una amiga que había tenido como seis o siete hijos—. Ningún niño llega al colegio con chupón.

Poco antes de cumplir los cuatro años, Joaquín ingresó al pre kínder del colegio católico del barrio. El primer día de clases llegó con un chupón en la boca y un silencio que atravesaba el aire. Estábamos seguros de que todos los niños del kínder se iban a burlar de Joaquín por seguir usando chupón a esa edad, lo que por supuesto iba a hacer que finalmente dejara ese instrumento de plástico o silicona o lo que fuera. Lamentablemente no sucedió así: Joaquín convenció a sus nuevos compañeros de que no había nada tan perfecto y placentero como el chupón. El resultado fue terrible, porque todos esos niños (que ya habían superado totalmente esa etapa), volvieron a exigir con

llantos y gritos el regreso de los chupones. Los padres no estuvieron muy contentos y así nos lo hicieron saber.

Durante varios días intentamos sin éxito que Joaquín dejara el chupón: los continuos llantos y la falta de sueño nos obligaban siempre a devolverle los chupones expropiados. Al borde de la desesperación, se nos ocurrió una idea genial para acabar de una vez por todas con esos benditos objetos:

—Mira, Joaquín —le dije intentando fingir una sonrisa—. Han abierto una tienda de juguetes espectacular que se llama *La tienda del chupón*. ¿Vamos?

—¿Y ahí hay muchos chupones, papá?

—No, hijito, es una tienda de juguetes, la mejor de todas. Hay carritos, trenes, muñecos de Mickey Mouse y el Pato Donald, todo lo que te puedas imaginar. Para comprar los juguetes tienes que pagar con chupones... ¿Cuántos tienes?

—Todos estos papá, como mil millones —me dijo señalando los que tenía sobre su cama.

—No, Joaquín, mira, en total tienes once chupones. Con eso seguramente puedes comprar un muñeco de Mickey Mouse, uno más grande del que tienes, o tal vez la nave espacial de ese personaje de *Toy Story*.

Mientras Joaquín recorría con su mamá los pasillos de la juguetería, yo fui a hablar con el vendedor para explicarle la situación: lo único que tenía que hacer era aceptar los chupones que Joaquín le entregara, mientras yo pagaba de manera discreta con mi tarjeta de crédito. El dependiente ni siquiera se sorprendió de mi pedido: al parecer varios padres habían recurrido al mismo ardid para hacer que sus hijos se desprendieran de los chupones para siempre.

Joaquín se paseaba por los pasillos sin poder decidirse, hasta que vio un tren de madera inmenso, casi de tamaño natural.

—¡Quiero este tren! —dijo señalando hacia ese juguete carísimo que jamás hubiéramos podido comprarle.

—No, ese no se puede, Joaquín. El tren cuesta trescientos chupones y tú solo tienes once...

—¿Y con once chupones qué puedo comprar?

—Este rompecabezas de dinosaurios —dije después de mirar rápidamente los juguetes del pasillo—, o ese balde de legos.

Joaquín negó con la cabeza y siguió recorriendo la tienda. Después de veinte minutos se decidió por una mochila de Mickey Mouse que estaba de oferta. Le advertí que comprar esa mochila significaba renunciar a los chupones para siempre, y estuvo de acuerdo. Después de entregarle los once chupones al vendedor, salimos de la tienda con una sonrisa parecida a la de Mickey Mouse.

La sonrisa, sin embargo, no duró mucho. Joaquín estaba feliz con la mochila, pero empezó a extrañar los chupones. Primero vinieron los ruegos y después los llantos y los gritos. Nos mantuvimos firmes. Le dijimos que ya estaba grande para usar esos objetos de plástico o silicona o lo que fuera, que él había decidido cambiarlos por la mochila, que de ninguna manera íbamos a permitir que se comportara como un bebé.

Las horas de sueño se vieron reducidas dramáticamente, los vecinos se empezaron a quejar por los llantos a cualquier hora de la madrugada, las discusiones y los malos humores llegaron como una plaga bíblica a la casa. Pero nosotros lo teníamos muy claro: esta vez nos íbamos a mantener firmes costara lo que costara.

Algunos días después, Joaquín se paseaba feliz con la mochila al hombro, cargando libros, carritos, juguetes y diez de los once chupones que compramos la mañana terrible en que claudicamos para siempre.

Carreras

Toda mi vida supe que quería trabajar con niños.

Cuando me preguntaban qué quería ser cuando fuera mayor, respondía siempre lo mismo: niñera. Esto causaba risas o pellizcos en las mejillas, pero no me importaba. A mis ocho años, tener en mis brazos a un bebé de carne y no de plástico era lo más parecido a la felicidad.

Diamela, la hermana de una amiga que vivía por mi casa, era muy parecida a mis muñecas, pero mejor: cuando la tocaba, podía sentir un leve calor en mis manos. Normalmente no me dejaban cargarla, pero el día de su cumpleaños, la mamá la puso en mis brazos como si fuera el Santo Grial: juraría que mi sonrisa duró hasta la madrugada. Fue hermoso. Diamela estaba dormida, y yo le canté en voz muy baja las canciones en francés que había aprendido en el colegio.

Con los años, mi amor por los niños fue creciendo indetenible. Me veía casada y con diez hijos corriendo por mi casa que imaginaba inmensa, con toboganes y castillos de cartón piedra.

En el segundo año de la universidad, después de llevar el curso obligatorio de Psicología (que a mi parecer fue el más fácil, el más entretenido, el más interesante) estaba segura, absolutamente segura, de lo que quería hacer. Como siempre me habían gustado los niños y ahora también la Psicología, la decisión sobre mi futura carrera resultaba simple: iba a ser psicóloga de niños.

Me gradué con honores. Mi tesis —*La influencia de la televisión en niños menores de cuatro años*— obtuvo un *Magna cum laude* y

una promesa de publicación por parte del fondo editorial de la universidad que se fue con el viento (la promesa, no la editorial ni la universidad).

Abrí, con la ayuda de mis padres, un pequeño consultorio en un barrio de clase media no muy lejos de la universidad. El comienzo fue muy difícil, pero poco a poco los pequeños pacientes empezaron a llegar: un niño de cinco años que no podía dejar el chupón, una niña de cuatro que soñaba todas las noches con un Mickey Mouse de dientes de vampiro y dimensiones descomunales, unos mellizos que se creían Superman y peleaban hasta el cansancio y las lágrimas para decidir cuál de los dos no era Clark Kent.

Gracias a mí, los niños resolvieron sus problemas, sus dudas, sus miedos: volvieron a sonreír. Me convertí en una de las psicólogas de niños más conocidas de la ciudad. LOS PROBLEMAS DE LOS PEQUEÑOS SON GRANDES PROBLEMAS —rezaba mi anuncio publicitario en las páginas amarillas de la guía telefónica—: **Julia Tovar, Psicóloga de niños.**

A los treinta años (después de un noviazgo de pocos meses), me casé con un escritor en ciernes al que le sobraban las palabras y le faltaba el dinero. Aun así pudimos alquilar una casa relativamente grande, donde instalé mi consultorio en el amplio estudio que se encontraba en la segunda planta.

Un año después nació Gabriel, el hijo con el que había soñado toda mi vida: su primer llanto me llenó de felicidad. Fueron días donde el amor lo desbordaba todo. A las pocas semanas tuve que regresar a mis pacientes, pero como trabajaba en casa no tenía problemas en ver a Gabriel cada dos horas y darle de mamar, y abrazarlo muy fuerte, y cantarle todas las canciones en francés que había aprendido en el colegio.

Esos primeros meses fueron alas de ángel, cielos de trigo, manadas de unicornios que llegaban a abreviar en nuestros labios. Mi esposo empezó a escribir un libro de cuentos —*Guía para padres* era el título—, en el que contaba exagerando hasta la ficción más absurda sus experiencias con Gabriel. Yo continuaba con mis pacientes,

ansiendo esa hora de la tarde en que finalmente iba a cubrir de besos y sonrisas a mi hijo, esa hora en que él se dormía a mi costado con una respiración apenas perceptible.

Cuando Gabriel cumplió veinte o veintiún meses, todo cambió. Empezó a ponerse cada vez más agresivo. Tiraba sus juguetes al piso, gritaba incoherencias, golpeaba las paredes con una furia que me desconcertaba. Podía escuchar sus gritos y golpes desde el piso de arriba, mientras trataba a mis pequeños pacientes, que obviamente se incomodaban al escuchar a Gabriel haciendo semejante escándalo.

Comprendí que la molestia de Gabriel se debía a que no quería compartir a su madre con otros niños, por lo que decidí trasladar mi consultorio a otro barrio. De esa manera no me vería hablando con otros niños y todo volvería a la normalidad.

Todos mis esfuerzos fueron en vano. Gabriel se puso todavía más agresivo: me empezó a ahorcar cuando lo cargaba, me tiraba sus trenes de fierro en la cara, me mordía cada vez que tenía la oportunidad. Con las lágrimas cortándome el rostro, pensaba que el Damián de *La Profecía*, era una mansa paloma al costado de Gabriel.

Enfrenté a mi hijo con todas las teorías psicológicas que había aprendido, con todos los métodos que había experimentado. Nada funcionó: Gabriel empezó a patear las paredes, a golpear a su padre (que dejó inconclusa la que iba a ser su ópera prima), a escupir lágrimas y odio sobre cualquier símbolo de autoridad.

Pensé que tal vez lo mejor era llevar a Gabriel a una psicóloga de niños, pero no me podía permitir esa humillación. No podía permitir que mis colegas supieran de mi fracaso como psicóloga. No podía permitir que la mejor profesional en el campo se viera en esa lamentable situación.

Dejé de hablarle a mi hijo como psicóloga, y empecé a hacerlo como madre. Desde entonces las cosas no han salido tan mal.

He empezado a estudiar Administración de Empresas.

Mudanzas

Ya no están las camas, el mueble de la sala, las sillas, la mesa del comedor, los cuadros, los utensilios de la cocina. Les he dicho a los de la mudanza que el escritorio lo dejen para el final, cuando no quede prácticamente nada más que cargar y las alfombras de los otros cuartos estén vacías, libres del peso de los muebles y las cajas: yo estoy aquí escribiendo, sin que me importen los ruidos, las pequeñas conversaciones, las señas que de vez en cuando me hace el chofer del camión.

Hoy cumpla veinte años de casado, y esa es una razón más para mudarnos. Tenemos dos hijos y una vida relativamente feliz, con sus momentos difíciles, como cualquier matrimonio, pero hemos encontrado la manera de continuar juntos y eso es lo que cuenta.

Silvia fue mi enamorada del colegio, la primera y la única, con la cual siempre supe que me iba a casar, porque además de ser bastante inteligente y guapa, nos llevábamos estupendamente bien, nos reíamos siempre, éramos tan unidos como el agua y el agua. Incluso profesionalmente todo se veía prometedor, porque yo estudiaba Arquitectura y ella acababa de entrar a un instituto de Diseño de Interiores, así que más adelante podríamos trabajar juntos, ser todo un equipo de lo más compenetrado y profesional. El futuro nos sonreía como un croissant recién salido del horno.

Antes de terminar la universidad, entré a trabajar al estudio de arquitectos más importante de la región, no por el sueldo, sino para aprender lo que no me habían enseñado en los salones de clase: los

finos detalles de la Arquitectura. Años más tarde, cuando me sentí seguro de mí mismo —había ayudado en el diseño de varios edificios y el centro comercial más importante de la ciudad— exigí que me hicieran socio del estudio (lo que aceptaron inmediatamente), y que contrataran los servicios de una diseñadora de interiores excepcional, la mejor de su clase, yo me hacía responsable por ella.

Trabajamos juntos por varios meses, lo que nos unió aún más. En las casas incompletas, aun sin habitar, practicamos todas las formas del amor. Nos amamos en las salas, en las piscinas vacías, en la cocina especialmente grande que un chef millonario nos mandó crear de acuerdo a sus caprichos.

No recuerdo un momento más feliz que el día de mi matrimonio. Ahí estaba yo con Silvia, la enamorada de toda la vida, juntándonos para siempre, hasta que la muerte nos separara, en salud y enfermedad y todo eso. Para nuestra luna de miel nos fuimos al Caribe y la pasamos realmente bien. No lo sabíamos en ese momento, pero cuando regresamos nos dimos con la sorpresa de que estaba embarazada.

Silvia tuvo que dejar el trabajo y dedicar prácticamente todo su tiempo a Inés, esa bebé de tres kilos que lloraba con la fuerza de una cría de mamut. Al comienzo todo era felicidad, y no me importaba despertarme a las tres de la mañana por los gritos que pegaba la niña. Después, sin embargo, a medida que el tiempo pasaba, me fui cansando un poco de esa situación, sobre todo porque al día siguiente no podía trabajar en el estudio como antes: estaba sin fuerzas para ser creativo y diseñar edificios y casas diferentes, raras, funcionales, posmodernas.

Mi relación con Silvia cambió dramáticamente. No solo porque se dedicaba casi exclusivamente a la bebé, sino también porque no le importaba nada que no estuviera relacionado con su hija. No volvió a interesarse por los edificios y casas que bullían en mi imaginación, ni por el diseño de interiores, ni por ella misma: se paseaba en bata por la casa todo el día con Inés en brazos o leyendo libros sobre el especial cuidado del bebé. La unión se había perdido y entre nosotros

reinaba el silencio.

Poco tiempo después, Silvia salió embarazada una vez más, todo un récord, porque la verdad prácticamente no había tiempo ni ganas para ese tipo de actividades. Nació Paolo, un saludable varón de tres kilos y medio —palabras de la enfermera—, mi primer hijo hombre, con el cual iba a jugar fútbol y le iba a enseñar tantas cosas. Si antes era difícil, ahora era imposible dormir o trabajar como cuando estábamos solos. Poco tiempo después, me hice la vasectomía, porque en ese entonces pensé que dos hijos eran más que suficientes.

No todo era negativo, sin embargo: ver a mis hijos crecer (sus primeras palabras, sus primeros pasos, sus primeros dibujos) fue la alegría más grande. No me importaba ya que la relación con Silvia se estuviera deteriorando cada día más, que prácticamente no durmiéramos juntos, que ella engordara a un ritmo de tres kilos por año.

Entró a practicar a la firma una estudiante de Arquitectura demasiado joven y simpática, de pelo largo y voz transparente. No pasó mucho tiempo para que conociéramos todas las formas del amor en las casas o edificios que había diseñado y estaban listos para estrenarse. A Silvia le decía que iba a llegar tarde porque había una reunión de negocios, que tenía que viajar a Sao Paulo para supervisar los acabados de un edificio, que ese fin de semana no podía ir a la casa de su mamá porque había surgido un problema con los planos y el cliente estaba hecho una furia.

Mi relación con Sofía duró diez meses. Si bien es cierto disfrutaba hasta el agotamiento el diseño perfecto de su cuerpo, era muy duro llegar a casa y enfrentar la mirada de mis hijos, que yo imaginaba terriblemente acusadora. Me costó mucho terminar la relación, pero finalmente hice lo correcto. En esas circunstancias me resultaba imposible trabajar en el mismo lugar que Sofía; pude haber hecho que la despidieran, pero no quería perjudicarla, por lo que pedí mi cambio a la filial de Buenos Aires.

Mi relación con Silvia estaba prácticamente muerta y no tenía esperanzas de que mejorara. Si no había tomado la decisión de

divorciarme, fue básicamente por mis hijos y en menor medida porque sabía que sería un golpe demasiado duro para Silvia, por quien ya no sentía amor, es verdad, pero sí un cariño muy grande.

Pero contra todo pronóstico, lo inimaginable ocurrió. El cambio de ambiente parecía ser lo que necesitaba Silvia para estar más amable y comunicativa conmigo: era otra. Conseguimos una casa de dos pisos recientemente renovada en San Telmo; como prácticamente no habíamos traído muebles, pasamos varias tardes juntos buscando la mesa de la cocina, el sofá de la sala, las sillas del comedor. Todas las noches después de comer, salíamos a pasear por el barrio y siempre descubríamos algún detalle nuevo: un árbol cuyas raíces habían roto la vereda, la pared frontal de una casa en donde colgaba una escultura con forma de araña, un señor sentado en una banca, extremadamente parecido a Borges. Silvia estaba feliz; incluso comenzó a bajar de peso y a usar ropa un poco más sensual. Una mañana de domingo en que los chicos estaban en clases de manualidades, hicimos el amor en nuestro cuarto, en la sala, sobre la mesa enorme de la cocina. Sentí que nos habíamos recuperado el uno al otro.

Después de unos meses, sin embargo, todo volvió a la rutina de antes: lo recién vivido había sido tan solo un espejismo. Silvia volvió a engordar y alejarse de mí: todo su tiempo se lo dedicaba a los chicos y a ver programas de cocina que nunca ponía en práctica. Yo salí un par de veces con Natalia, la mesera del café que quedaba junto al estudio, pero debido a mi experiencia anterior, no pasé de unos besos algo apasionados.

No recuerdo cuál fue la razón que dio, pero la dueña de la casa de San Telmo no quiso renovarnos el contrato, por lo que tuvimos que mudarnos a un dúplex de estreno muy cerca de Puerto Madero. Silvia estuvo feliz: ella misma diseñó la sala, el comedor y los cuartos de los chicos, con lo cual se aprovechó mejor el espacio y le dio al departamento un aire aún más moderno. Fuimos juntos a comprar los muebles que había que reemplazar, los adornos africanos para la sala, los dicroicos que iban a iluminar el comedor. Para aprovechar la piscina que se extendía enorme sobre el techo del edificio, Silvia se

propuso llegar al verano con unos kilos menos, así que decidió comprarse una ropa de baño dos tallas más pequeña que estaba segura le iba a quedar muy bien. Los fines de semana paseábamos de la mano por ese muelle larguísimo, viendo detenidamente cómo caían los rayos del sol sobre el río. Fueron meses bastante agradables, en los cuales la imagen de Natalia, la mesera, no salió ni un minuto del café.

Cuando todo volvió a la insoportable normalidad, supe que un cambio de aire era lo que necesitábamos para renovar nuestra relación, por lo que pedí mi traslado al nuevo estudio que la firma acababa de abrir en Santiago. Incluso antes del viaje nos acercamos más, porque juntos teníamos que decidir qué llevábamos y qué se quedaba, además de embalar durante horas las copas, los platos, los libros de Arquitectura, los adornos africanos de la sala.

En Santiago seguimos trabajando juntos, felices, desempacando todo, decidiendo cuál era el mejor sitio para el óleo de Szyszlo, dónde quedaría mejor la escultura de Shiroma. Habíamos conseguido una casa en Las Condes con un jardín bastante grande, así que ya no teníamos más excusas que darles a los chicos: tuvimos que comprar a Diana, una bóxer color canela de dos meses con manchas blancas en las patas y el pecho. Inés y Paolo estaban felices, y la verdad que nosotros también, porque el perro resultó ser obediente y bastante juguetón. Silvia y yo diseñamos una casa para Diana que nos tomó varias semanas construir. Casi todos los días la sacábamos a pasear: ahí estábamos nosotros rodeando el club de golf, sonriendo, yo contando cómo me había ido ese día en el trabajo, Silvia hablando sobre la novela de Vargas Llosa que acababa de leer.

Antes de que el aburrimiento y el abandono se apoderaran de nosotros, nos mudamos a otro barrio de Las Condes, y de ahí a una casa un poco más pequeña en Providencia. Para entonces ya era bastante claro que la única manera de que nuestro matrimonio funcionara era mudarnos constantemente, porque eso no solo mantenía ocupada a Silvia en otras cosas, sino que además nos unía casi tanto como al comienzo. Por eso decidí que cada tres o cuatro

meses nos mudaríamos a un nuevo barrio o a una zona alejada del mismo, y cuando fuera estrictamente necesario a una nueva ciudad. Esa es la razón por la cual he trabajado en las ciudades más importantes de Sudamérica, siempre yendo de un lado a otro, empacando, desempacando, comprando nuevos muebles y deshaciéndonos de otros, pero todo ha valido la pena. No de otra forma hubiera cumplido veinte años de casado con una Silvia realmente feliz a mi lado, que ya ha diseñado los interiores del departamento de Key Biscayne adonde nos vamos en unas semanas. Ayer, después de hacer el amor sobre la alfombra del cuarto del hotel donde nos estamos quedando, me dijo que prefería esperar a llegar a Miami para comprarse los bikinis que piensa usar cuando vaya con sus futuras amigas a esas playas de arenas blancas y mar color tiburón.

El chofer del camión de la mudanza me dice que ya terminaron con los otros cuartos, que ya no hay nada, que solo falta lo que está en el escritorio, que si pueden entrar de una vez a terminar con el trabajo. Yo les respondo que pasen; total, ya casi he concluido de escribir esta historia y Silvia me espera en el hotel para hablarme sobre los planes que tiene para la casa en Fort Lauderdale a la que nos mudaremos en unos siete meses, y hacer el amor hasta que las fuerzas nos alcancen.

Los asesinos de blanco

En un famoso texto sobre Hawthorne, Poe establece que un cuento requiere una lectura que dure entre treinta minutos y dos horas. No conozco la biografía de Poe, pero sospecho (es más: estoy casi segura) que Edgard no debe haber tenido hijos.

Por algún motivo, siempre he preferido la brevedad del relato a la larga extensión de la novela: desde que tengo uso de razón, he tenido un libro de cuentos en las manos. Precisamente, en la semana en que me hice el test de embarazo, estaba leyendo una antología del cuento policial latinoamericano que me pareció magnífica. Solo me faltaba un cuento para terminar el libro: «Los asesinos de blanco», del escritor bonaerense Gonzalo Bosch, que según la introducción era uno de los textos más interesantes del conjunto. Dejé de leer la antología debido a que la noticia del embarazo me dejó helada, en especial porque hacía dos semanas había terminado definitivamente con mi novio, luego de llegar a la conclusión de que era un perfecto cretino.

Después de unas semanas de incertidumbre (en las que por supuesto no pude leer nada), decidí finalmente tener a mi hijo. Si bien es cierto no estaba en mis planes ser madre en ese momento, me fui haciendo rápidamente a la idea, y la verdad es que estaba feliz. Mi pasión por los cuentos fue reemplazada por un súbito interés en libros que mostraban gráficamente el desarrollo del feto, y en aquellos que daban consejos sobre el particular cuidado del bebé.

Como pueden suponer, cuando nació mi hijo, no me quedó tiempo

para nada. Dormía en los momentos en que el bebé lo hacía (que no eran muchos), alimentaba a la criatura cada tres horas y le cambiaba de pañal cada dos, me extraía la leche varias veces al día para refrigerarla, lo que me dejaba francamente agotada. En ese tiempo, por supuesto, la lectura era un lujo que de ninguna manera me podía permitir.

Más difícil aún fue cuando dos meses después me reincorporé al colegio de monjas donde enseñé Lengua y Literatura. Aunque durante el día mamá se ocupaba del bebé, las tardes y noches se volvieron aún más complicadas, porque llegaba a casa bastante cansada después de lidiar con niñas engreídas, y tenía que combinar el cuidado de la criatura con la preparación de clases y la siempre odiosa corrección de exámenes. Para ese entonces los libros de cuentos no eran más que un recuerdo feliz.

Un día, mientras ordenaba mi cuarto, encontré (tras un libro que sugería más de mil nombres para bebés) la antología del cuento policial latinoamericano que no había terminado nunca de leer. Lo levanté con nostalgia, y pasando lentamente las páginas llegué hasta el relato «Los asesinos de blanco» de Gonzalo Bosch, aquel que me faltaba para terminar la antología. Quitándole el polvo al libro, decidí que ese fin de semana leería el cuento del joven y prometedor escritor argentino; total, mi hijo ya había cumplido nueve meses, y podía quedarse tranquilo jugando en su corralito.

El domingo a las once de la mañana, después de darle la mamadera al bebé y hacerlo dormir, me senté en el sillón de la sala a leer «Los asesinos de blanco».

Dos alumnos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Monte Santo conversan sobre los exámenes finales mientras se dirigen al laboratorio principal ubicado en el sótano de la antigua construcción, la cual se asemeja —según el narrador— a los edificios soviéticos de los años treinta. Cuando encienden la luz, ven horrorizados que sobre una mesa de metal yace el cadáver de uno de sus compañeros; está desnudo, ensangrentado, y tras un breve examen, descubren que le ha sido cercenada la lengua. Bosch describe

el caos del momento con mucho realismo: pareciera que el lector estuviera ahí. Después de un par de horas (tiempo de la narración) llega el capitán Kensington a hacerse cargo de la investigación y entonces, en ese preciso momento, cuando entra a la Facultad de Medicina con su impermeable negro, la mirada dejó de focalizarse en el libro y se dirigió hacia mi hijo, porque de pronto el bebé empezó a llorar a un volumen altísimo. Habían pasado quince minutos desde el comienzo de la lectura.

Dejé en ese momento el libro sobre la mesa de centro, y levanté al bebé que hasta ese entonces había estado durmiendo sobre el sofá de la sala. No podía tener hambre, porque hacía poco había tomado su mamadera; no podía tener sueño, porque había dormido los quince minutos que suele dormir regularmente. Pero ahí estaba él, llorando como siempre, alejándome ahora de la página 442, a la que quería regresar para saber qué había pasado con el Capitán Kensington y esos estudiantes que —definitivamente— estaban en peligro.

Cargué al bebé para calmarlo, y después de unos diez minutos finalmente pude conseguirlo. Lo senté en su corralito, donde se quedó bastante feliz rodeado de todos sus juguetes. Echada cómodamente en el sillón, retomé la lectura.

El Capitán Kensington interroga a los estudiantes que descubrieron el cuerpo, y a todos los que estuvieron con la víctima ese día. Leer los diálogos y los subsecuentes razonamientos de Kensington me tomó más de media hora, porque fue muy difícil concentrarme: mientras leía y releía las oraciones, el bebé se esforzaba por hacer el mayor ruido posible, ya sea chocando entre sí sus figuras geométricas de plástico o activando sus muñecos parlantes.

Al día siguiente, un estudiante de la Facultad llega temprano a su clase de Bioética, y ve sobre la tarima, debajo de la pizarra, el cuerpo sin vida del profesor. No tiene que mirar mucho para darse cuenta de que al cadáver le faltan los ojos.

De pronto, un silencio lo invadió todo: por alguna razón, el bebé dejó de jugar y dirigió su mirada hacia la puerta. En ese momento de

la lectura ya me había acostumbrado a los ruidos que hacía, por lo que ese súbito silencio me empezó a desconcentrar un poco. Cada diez segundos abandonaba la Facultad de Medicina para ver a mi hijo, que seguía mirando inexplicablemente hacia la puerta.

En el preciso instante en que Kensington llega con su impermeable inglés para investigar la segunda muerte, el bebé empezó a gritar de manera ensordecedora. No era que estuviera necesariamente molesto, sino más bien parecía que disfrutaba poniendo a prueba sus pulmones. Los gritos alcanzaron tal nivel, que la vecina tocó la puerta para preguntar si todo estaba bien (lo que, conociéndola, equivalía a decir «calla en este momento a tu hijo o hago que te boten del edificio mañana mismo»). La situación era tan preocupante, que decidí que lo mejor era salir al parque para que el bebé se tranquilizara al menos por un rato. Sin ningún remordimiento, dejé a Kensington conversando con el decano de la Facultad de Medicina, y nos fuimos al parque donde el bebé estuvo realmente feliz viendo la laguna llena de patos, los árboles enormes, los perros de toda raza y color, la gente que caminaba o corría.

Regresamos a las cuatro. Felizmente en ese momento el bebé se había quedado dormido, lo que me dio tiempo para prepararme un sándwich y tomar rápidamente, quemándome, un café. Cuando leía el monólogo interior de Kensington en el trayecto de la Facultad a la Jefatura de Policía, el bebé se despertó llorando. Lo levanté y siguió llorando; lo puse en el corralito rodeado de todos sus juguetes y siguió llorando; lo senté en su coche y siguió llorando; lo paseé por toda la casa, y entonces recién se calmó, tranquilizado por la velocidad del paseo.

Me senté en el sillón de la sala para retomar la lectura. Con una mano sostenía el libro, y con la otra empujaba y jalaba el coche repetidas veces para que el bebé se quedara tranquilo. Fue horrible: una estudiante estaba siendo asesinada en el baño de mujeres del tercer piso de la Facultad exactamente a las nueve de la noche. Kensington llega poco después y descubre que a la joven le han cercenado el dedo medio del pie izquierdo. Después de comunicarse

con la Jefatura, mira hacia la ventana y ve que en el patio el caos es total: periodistas tratando de tomar alguna foto interesante, estudiantes huyendo o preguntando por sus compañeros, curiosos que se acercan cada vez más al edificio.

Kensington entra al laboratorio que está completamente a oscuras. Camina pegado a la pared de la derecha intentando encontrar el interruptor. Cuando logra encenderlo, ve una luz muy intensa que lo ciega inicialmente, para después ver un puño que se dirige hacia su nariz. Todo se vuelve negro. El silencio es total. El silencio se interrumpió, porque algo le pasaba a la criatura, y sus llantos y gritos se podían escuchar en todo el vecindario.

Después de olerlo, mis sospechas fueron confirmadas: se había hecho caca. Dejé el libro sobre la mesa de la sala, y llevé al bebé a mi cama para cambiarlo. Ponerle el pañal fue una empresa casi heroica, porque se movía en todas las direcciones, y gritaba, y lloraba, y no se dejaba limpiar, y se orinó sobre mi almohada favorita, y quería jugar con el pañal sucio.

Era clarísimo que el bebé se moría de sueño, pero también era muy claro que no se iba a dormir si es que no bailaba con él las canciones que solemos bailar. Entonces bailamos: baladas, rock, algún tango. Eran casi las ocho de la noche. Ya dormido, lo dejé sobre mi cama, donde retomé la lectura cómodamente recostada sobre varias almohadas.

Kensington se incorpora, saca su revólver y sube al primer piso, pero no. Qué más daba. Ahí estaba el libro, el suspenso, las palabras que se convertían en imágenes, pero ahí también estaba el bebé que dormía a mi costado con una cara que resumía la belleza.

Dejé el libro sobre la mesa de noche y contemplé a mi hijo hasta quedarme dormida.

Paternidad

Cambié las películas europeas por los dibujos animados; el rock clásico, por esas canciones que repiten insistentemente el abecedario y los sonidos de animales. Dejé los domingos de fútbol por los paseos al parque; el hipotético cáncer de próstata, por la realidad de un cólico de gases o una infección de oído. Reemplacé las botellas de vino por mamaderas; los cigarros por chupones; los volúmenes de poemas por guías para padres.

Donde antes había silencio, ahora hay gritos y llantos y sonrisas.

ACUEDI

www.acuedi.org



ACUEDI son las siglas de la Asociación por la Cultura y la Educación Digital. Somos una asociación civil sin fines de lucro, con sede en Lima (Perú), y tenemos como objetivo fundamental el incentivar la lectura en toda América Latina. Para ello hemos diseñado una serie de proyectos, todos ellos relacionados entre sí, y que contemplan el uso de las nuevas tecnologías dentro del campo cultural y educativo. Estamos intentando construir alternativas altamente atractivas entre los jóvenes y adultos para que disfruten su experiencia lectora. Para ello hemos diseñado la plataforma de una Biblioteca Digital, que probablemente ya conoces, donde compartimos libre y legalmente miles de textos gratuitos de diversas temáticas. Además, tenemos una política de digitalización de textos que permite pasar a formato pdf libros impresos de difícil acceso. Hasta la fecha hemos digitalizado más de 100 libros y revistas. También venimos impulsando la construcción o rediseño de bibliotecas públicas municipales que contemplen un formato eminentemente digital y que se conviertan en importantes espacios

de fomento cultural dentro de sus comunidades. Por último, también venimos desarrollando un proyecto editorial que impulsa la publicación y difusión de libros físicos y digitales . Todo ello lo hacemos con la finalidad de construir un mejor futuro para América Latina.

Síguenos en facebook

¿Deseas publicar un libro?

Ediciones físicas y digitales

Corrección de estilo

Presentación del libro

Difusión en nuestras redes sociales

Diseño artístico de cubierta e interiores

Para más información escribenos a :
hector@acuedi.org



Lorenzo Helguero

(Lima, 1969) es Doctor en Literatura latinoamericana (Georgetown University). Ha publicado los libros de poesía *Sapiente Lengua* (Lima, 1993), *Boletos* (Lima, 1993), *Beissán o el abismo* (Lima, 1996), *El amor en los tiempos del cole* (Lima, 2000), *Poeta en Washington D.C.* (Lima, 2004), *Insomnio* (Lima, 2006), *35 milímetros* (Lima, 2015) y la antología poética *Las voces aquí reunidas* (Lima, 2017), así como los libros de cuentos *Fiesta de promoción* (Lima, 2008) y *Guía para padres* (Lima, 2014). Además, ha publicado las novelas *Entre el cielo y el suelo* (Lima, 2008), ganadora del concurso de novela corta Julio Ramón Ribeyro, *Mañana en El Botecito* (Lima, 2012), *Bodas de plata* (Lima, 2018) y la novela juvenil *Voy a salir jalado en Castellano* (Lima, 2017). Actualmente se dedica a la docencia.